



Ilustraciones de Roger Ycaza

Foto Estudio Corazón

María Fernanda Heredia

Norma

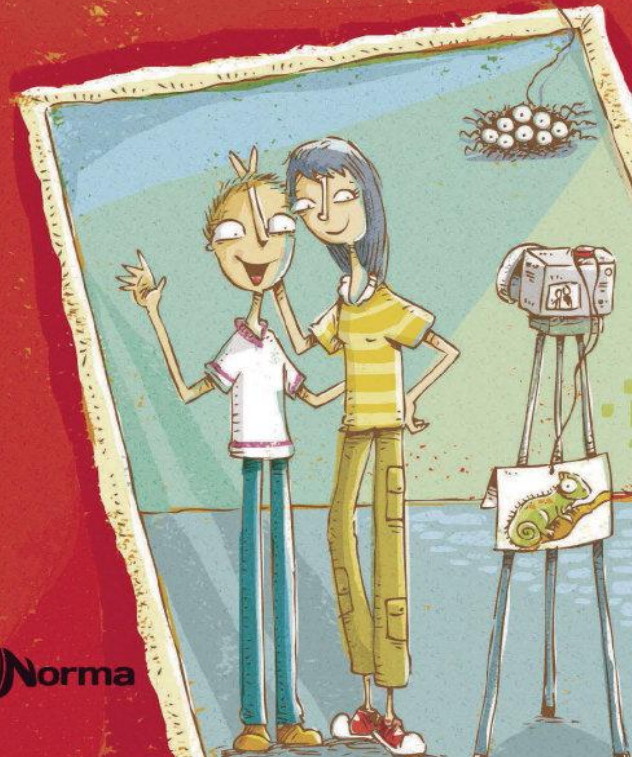


Foto Estudio Corazón

María Fernanda Heredia

Ilustraciones de Roger Ycaza

GRUPO
EDITORIAL
norma

<http://www.librerianorma.com>
Bogotá, Barcelona, Buenos Aires, Caracas,
Guatemala, Lima, México, Miami, Panamá,
Quito, San José, San Juan, San Salvador,
Santiago de Chile, Santo Domingo.

Heredia, María Fernanda, 1970-

Foto estudio corazón / María Fernanda Heredia ; ilustraciones Roger Ycaza. - Bogotá : Grupo Editorial Norma, 2009.

176 p. : il. ; 20 cm. - (Colección torre de papel. Torre amarilla)

ISBN 978-958-45-1763-0

I. Cuentos juveniles ecuatorianos I. Ycaza, Roger, il.

II. Tít.

III. Serie.

I863.6 cd 21 ed.

A1197013

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Arango

© 2008 María Fernanda Heredia

© 2009 Editorial Norma

Avenida El Dorado No. 90-10, Bogotá, Colombia

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso por escrito de la Editorial.

Impreso por Stilo Impresores Ltda

Impreso en Colombia

Septiembre, 2012

www.librerianorma.com

Ilustraciones: Roger Ycaza

Elaboración de cubierta, diagramación y armada:

Paulina Segovia L.

C.C. 28000497

ISBN: 978-958-45-1763-0

Contenido

Capítulo 1	9
Capítulo 2	15
Capítulo 3	25
Capítulo 4	31
Capítulo 5	39
Capítulo 6	43
Capítulo 7	51
Capítulo 8	59
Capítulo 9	67
Capítulo 10	73
Capítulo 11	79
Capítulo 12	87
Capítulo 13	91
Capítulo 14	97
Capítulo 15	103
Capítulo 16	111

Capítulo 17	117
Capítulo 18	121
Capítulo 19	127
Capítulo 20	133
Capítulo 21	137
Capítulo 22	141
Capítulo 23	145
Capítulo 24	151
Capítulo 25	155
Capítulo 26	159
Capítulo 27	165
Capítulo 28	171

La había guardado en secreto durante dos semanas; estuvo escondida en el bolsillo de mi pantalón; debajo de la almohada y aplastada entre las páginas de un libro grueso. De tanto manipularla, comenzó a arrugarse y ya tenía dobladas las esquinas. Cuando Clara llegó a casa se anunció como siempre, con un silbido potente de esos que se dan con el dedo meñique dentro de la boca. Abrí la ventana de mi cuarto en el segundo piso y le dije:

—¿Algún día aprenderás a tocar el timbre?

—¡Baja! —dijo ella con voz enérgica.

Caminamos dos cuadras sin decir nada, nos sentamos en las escaleras de la biblioteca del pueblo y ella preguntó:

—¿Qué era eso tan importante que querías mostrarme?

Saqué de mi bolsillo la fotografía que había robado del Foto Estudio de mi papá y se la mostré.

Clara se quedó observándola, la volteó, la acercó a sus ojos, la alejó, entornó las cejas como si buscara el mejor ángulo y luego lanzó una mirada que me dejó desconcertado. Con curiosidad le pregunté:

—¡Qué! ¿No te parece la chica más linda del mundo?

Ella echó un nuevo vistazo a la fotografía y respondió:

—No.

Clara se levantó, me la devolvió estirando sus brazos como un árbitro de fútbol cuando termina el partido y, mirando hacia otro lado, añadió:

—Tonto, te has enamorado de un pedazo de cartulina.

—No, Clara, yo no estoy enamorado de una cartulina, sino de ella... ¿La ves? Es muy linda, ¿no crees?

Clara volvió a ojear la foto y concluyó:

—O te hacen falta lentes o necesitas una cirugía reconstructiva para tu sentido del gusto.

Clara era así... insoportable, pero era mi mejor amiga.



Capítulo 1

9

Cuando era niño, la gente me preguntaba qué me gustaría ser al convertirme en una persona adulta, yo me quedaba pensando y entonces respondía: médico cirujano. Pero mi hermana Valeria, que siempre estaba buscando la oportunidad para burlarse de mí, armaba un escándalo y decía:

—¿Médico cirujano? ¿Con el miedo que tienes a la sangre? Cada vez que miras una herida te pones blanco, luego transparente, después verde y al final te desmayas. ¡Eres un cobarde camaleón!

Lo peor de todo era que ella tenía razón. De solo escuchar la palabra sangre yo sentía un extraño mareo, cambiaba de color, se me ponía la piel de gallina y mis rodillas temblaban.

—¡Mejor cállate! —le respondía furioso— que por lo menos los cirujanos son importantes para las personas, en cambio tú... anda, di lo que quieres ser de grande, ¡dilo!

Valeria me miraba con sus ojos de odio mientras me señalaba con su blancuzco dedo índice:

—No te atrevas, Agustín...

Pero yo, que ya había aprendido a responderle con su mismo estilo, comenzaba a cantar y a aplaudir:

—Mo-de-lo, Valeria quiere ser modelo, Valeria quiere ser modelo, la la la la, mo-de-lo...

Valeria se abalanzaba contra mí con la intención de arrancarme orejas, ojos y nariz, y eso quería decir, sin lugar a dudas, que había dado en el blanco en mi intento por mortificarla. Yo la esquivaba y continuaba cantando el himno titulado «Valeria quiere ser modelo», entonces mi padre entraba a apaciguar los ánimos:

—Basta de peleas, Valeria será modelo que para eso tiene gracia y belleza, y Agustín será fotógrafo como su bisabuelo, su abuelo y su padre.

Al escuchar su decreto, Valeria exhibía la sonrisa de quien había ganado la batalla, entretanto, yo miraba a mi padre con algo de fastidio y le decía:

—Pero, papá...

—Pero papá nada, ¿no te has dado cuenta de que llevas la Fotografía en la sangre?

Entonces, Valeria volvía al ataque con su risita irónica y tomando las palabras de mi padre repetía:

—Ya oíste, lo llevas en la sangre, sangre, sangre, sangre... ¡desmáyte!

Yo me daba media vuelta y caminaba muy molesto hacia mi habitación mientras pensaba que si mi bisabuelo, mi abuelo y mi padre habían sido fotógrafos quizá yo no podría escapar a esa herencia familiar. Con la cabeza contra la almohada repetía:

—Seré cirujano. Cirujano y fotógrafo.

«Foto Estudio Corazón» ha sido el negocio familiar desde 1925. Mi bisabuelo Arístides trabajó en su juventud en mil oficios. Fue actor de teatro, boxeador, maquillador de políticos, adivinador del futuro, masajista de secretarías y hasta domador de leones en un circo. Uno de esos oficios fue el de estibador en un puerto marítimo. Mi bisabuelo cargaba en su espalda la mercadería llegada en los barcos y que debía ser trasladada a unas bodegas. Gracias a ese trabajo, conoció a los personajes más extraños que viajaban a través de los océanos comerciando con artículos muy raros. Allí había logrado comprar a un japonés su primera cámara fotográfica y con ella se convirtió, en

poco tiempo, en el fotógrafo oficial de «Los altos cerros de San Ignacio del Corazón de Jesús», o sea: mi pueblo.

Es un nombre muy largo, lo sé, no se puede decir que el fundador tuviera mucha capacidad de síntesis, quizá por eso en los mapas mi pueblo se localiza con el nombre resumido de «Corazón». Dice mi profesora de Historia que una vez hubo un alcalde que se quejó por esa manera de acortar el nombre oficial del pueblo y dijo que no permitiría cometer un atentado contra la identidad histórica de los habitantes de Los altos cerros de San Ignacio del Corazón de Jesús, y ordenó colocar en todos los documentos de identidad el nombre completo del pueblo, con sus diez palabras, en el renglón que decía: «Lugar de nacimiento:».

Claro, para que entrara tooodo eso en una sola línea, las cédulas de identidad de los moradores de Corazón tuvieron que duplicar su tamaño. Mi profesora comenta que eran unas tarjetas largas que no cabían en las billeteras tradicionales. Por lo tanto, el alcalde dispuso rediseñarlas por unas de mayor longitud, así se hizo, pero entonces las billeteras ya no entraban en los bolsillos de las chaquetas y de los pantalones. Como solución, el alcalde mandó que toda la ropa en el pueblo tuviera bolsillos más largos. Las costureras y los sastres se pusieron a trabajar como locos para reemplazar los bolsillos de las prendas

de vestir de los habitantes del lugar, pero la ropa subió de precio por la cantidad de tela, hilo y botones adicionales que debía colocarse a cada bolsillo. Los pantalones duplicaron su precio; las chaquetas llenas de bolsillos los triplicaron, y la gente comenzó a protestar frente al municipio por el alto costo de la vida. La crisis política llegó a su peor momento y el alcalde tuvo que dar la contraorden. A partir de ese día, el pueblo volvió a llamarse simple y llanamente: Corazón.

En el rótulo de entrada ubicado en la carretera decía: Bienvenidos a Corazón. Aunque de vez en cuando algún vándalo escribía un *graffiti* debajo que expresaba: «¿Cuánto falta para llegar al Hígado?».

En 1925, mi bisabuelo decidió bautizar su Foto Estudio con el nombre del pueblo y para ello hubo dos razones: primero, porque quería rendir un homenaje a la tierra en la que había nacido y, segundo, porque desde el primer día se dedicó a retratar quinceañeras, novios, bautizados, cumpleaños, graduados y a toda persona que organizara una fiesta social salida del corazón.

Mi bisabuelo era fotógrafo de eventos; mi abuelo también lo fue, y mi padre continuó con la vocación y la tradición.

Siempre viví rodeado de cámaras fotográficas, rollos, luces, líquidos químicos, lentes, etc. Cuando entraba al estudio para llamar

a papá a que subiera a comer, lo encontraba revisando atentamente las fotografías tomadas en un evento reciente.

—Ven, Agustín, ayúdame a ordenar esto —me decía—. Hay que guardar las fotos en el álbum. Primero la novia sola; luego la novia con sus padres; después la novia frente al espejo de la casa; enseguida la novia mirando su ramo de flores; luego al entrar a la iglesia y la mamá de la novia a punto de llorar; a continuación los novios felices en la ceremonia; más adelante la del beso, otro beso y otro beso; la novia con las amigas, con los niños que llevan su velo; al final la fiesta... Ah, si en alguna fotografía ves que la novia ha salido gorda o fea, elimínala, porque de seguro no querrán pagarme por esa.

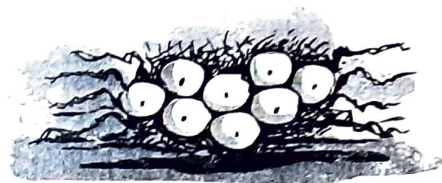
Y a mí todas las novias me parecían gordas y con mirada de borrego; llevaban esos trajes con los que se veían como grandes y sonrientes postres de merengue.

Al ver las fotografías imaginaba al cura en la iglesia diciendo:

—Señor, «pelo mojado y cara de asustado» ¿acepta por esposa a «pastel de merengue»?

—Sí, padre, acepto.

—Muy bien... puede morder el pastel. ¡Perdón!, puede besar a la novia.



Capítulo 2

15

Conocí a Clara hace algo más de dos años, cuando hicimos juntos el curso de la Cruz Roja. En mi pueblo es obligatorio que todos los niños a partir de los diez años tomemos un curso de primeros auxilios para el hogar. Las clases las dan en el propio edificio de la institución, en unas aulas grandes y frías.

Clara y yo íbamos al curso dos veces por semana y aunque yo intentaba sentarme lo más lejos posible de ella, de nada servía. Clara se las ingeniaba para acercar su silla a la mía, con la única finalidad de atormentarme.

Asumo que, desde el primer momento, detectó, con sus ojos de rayos X, que era muy tímido (cuando la tenía cerca me ponía rojo como un tomate), y eso me convirtió en el objetivo de sus maldades.

Desde aquel tiempo, Clara ya era más alta que yo, aunque teníamos la misma edad. Era una flaca pálida con cara de villana. Tenía el cabello largo y negro, con unos cuantos mechones que caían en su frente. Yo era un poco más bajito, flaco, de ojos enormes y con el cabello muy corto. Mi aspecto siempre fue el de un niño asustadizo. Papá me llevaba con frecuencia a su peluquero, que también fue el peluquero del abuelo y tal vez del bisabuelo. Por su apariencia no me extrañaría que hubiera sido el peluquero del mismísimo Simón Bolívar. En fin, era un señor tan antiguo que seguía cortando el cabello de acuerdo con las últimas tendencias de la Prehistoria. Me dejaba el cabello tan corto que los ojos se me veían inmensos.

Clara me hacía la vida imposible, se burlaba de mí a todo momento. Recuerdo aquella ocasión en que el delegado de la Cruz Roja comenzó a darnos indicaciones para ponerlas **en práctica en caso de que una persona se atragantara al comer y sufriera una asfixia**. Antes de concluir con la explicación Clara se puso de pie, me levantó violentamente y sin que yo entendiera lo que estaba ocurriendo, comenzó a darme golpes en la espalda y en la nuca.

—¡Respira! ¡Respira! —gritaba mientras sus puños me aporreaban con fuerza.

Luego se paró detrás de mí, cruzó sus brazos por mi pecho y comenzó a aplastarme con tal potencia que sentí que escupiría mis pulmones.

El delegado se acercó alarmado para saber qué era lo que sucedía, alejó a Clara y me preguntó si estaba bien. Yo no podía responderle, me había quedado sin aire.

—¿Qué pasó? —le preguntó entonces a ella.

—Bueno, usted explicaba sobre los atragantamientos y dijo que cuando eso ocurre, la persona se pone roja, después morada, no puede hablar y abre mucho, mucho sus ojos. En ese instante yo voltee a ver a Agustín y me pareció que, por su aspecto, se estaba atragantando, y por eso decidí ayudarlo.

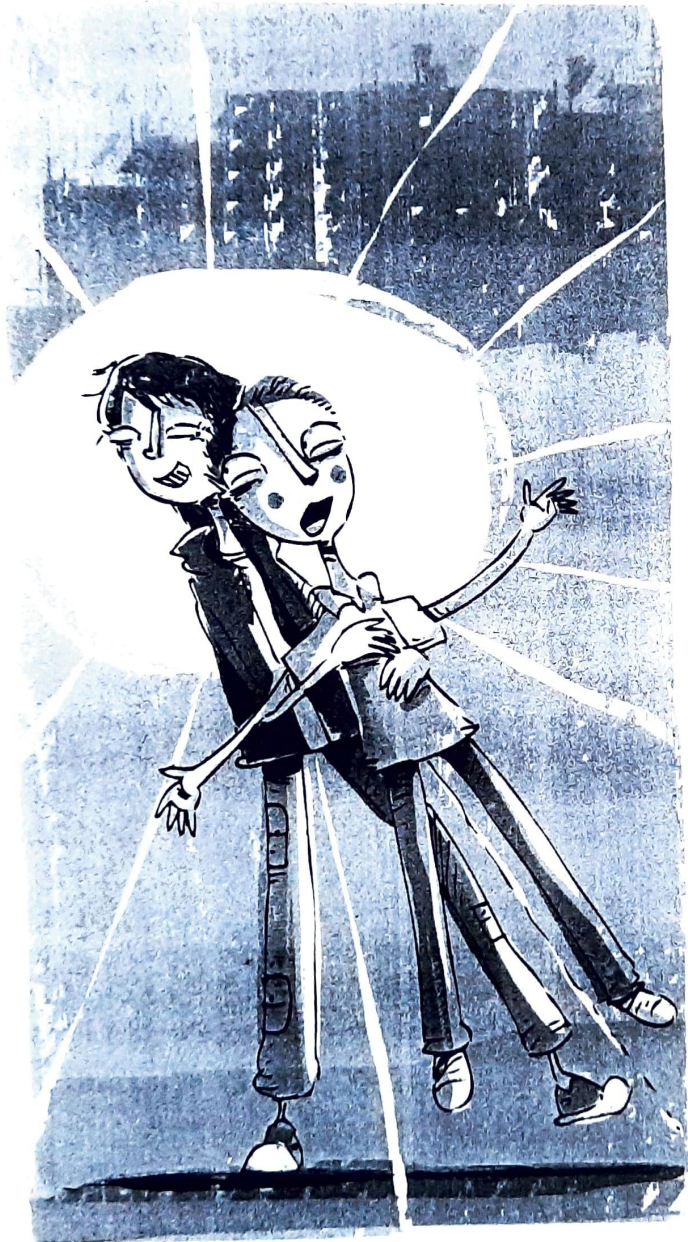
Cuando recuperé el aire, el delegado me preguntó si me encontraba bien y, al responderle que sí, me pidió que respirara tranquilamente. De inmediato se acercó a Clara y le dijo:

—Te felicito por estar tan atenta, el reaccionar con rapidez ante una situación de crisis puede salvar una vida.

Ella me miró con ojos de bruja y dijo:

—Tú no te preocupes, Agustín, yo te salvaré la vida incluso cuando no me lo pidas.

Entonces, volví a sentarme incapaz de decirle al delegado que mis ojos grandes eran herencia paterna y el color de mis cachetes se



debía a mi timidez extrema. Al escuchar a Clara supe que no podría librarme de ella.

En otra ocasión, durante el curso, recibimos las explicaciones necesarias para calmar una hemorragia nasal. El delegado nos pidió que trabajáramos en parejas para poner en práctica lo aprendido. Yo quise trabajar con un gordito que tenía la misma cara de tímido que yo, pero Clara agarró mi brazo y exclamó:

—¡Tú conmigo!

Salimos al patio con una cartilla de instrucciones y cuando estaba dispuesto a leer el paso número uno, Clara se paró frente a mí y con un tono muy firme me preguntó:

—¿Estás dispuesto a que hagamos lo mejor posible en esta práctica?

—Sí, claro.

—Muy bien, Agustín, porque yo opino lo mismo. Y para que nos salga muy real necesitamos que uno de los dos tenga, de verdad, una hemorragia nasal.

En ese instante ella sacó su puño, se impulsó y, sin que yo pudiera reaccionar, me lanzó una trompada que me tumbó al piso. La sangre comenzó a brotar de mi nariz como un río, se armó un escándalo en el patio y el delegado se aproximó para saber qué ocurría. Al verme en ese estado, le pidió a Clara que actuara según las instrucciones de la cartilla.

Ella siguió, paso a paso, todas las recomendaciones y cinco minutos después la hemorragia había cesado, pero no mi vergüenza. Además, con el pánico que tengo a la sangre, me desmayé en medio de la práctica y todos se rieron de mí. El delegado felicitó a Clara y la puso como ejemplo ante los asistentes del curso.

Al terminar, dijo:

—La próxima semana aprenderemos lo que se debe hacer en caso de cortaduras y heridas.

Clara me miró y sonrió con malicia.

—Prepárate, Agustín, que en la próxima clase te necesito herido.

Yo, por supuesto, inventé una excusa y no asistí el martes siguiente. De haberlo hecho, quizá habría terminado cortado en pedacitos y convertido en carne molida para los leones del zoológico.

La tarde que me quedé en casa para evitar que Clara pudiera triturarme, decidí revisar el temario planteado por la Cruz Roja. En la carta que le habían enviado a mi padre para inscribirme se detallaban, clase por clase, los distintos temas que veríamos los asistentes. Ahí supe que solo nos quedaba una sesión más y que aprenderíamos cómo actuar en caso de picaduras o mordeduras de animales. Y tuve una idea buenísima.

Entré a mi cuarto, abrí el armario y allí estaba Eleonora guardada en un frasco. Era

mi tarántula, la tenía desde que un amigo muy raro organizó una fiesta de cumpleaños con decoración de El Hombre Araña y nos entregó, como sorpresa a cada invitado, un frasco con una tarántula viva. Para entonces ni mamá ni Valeria vivían ya en casa, y solo por eso mi papá permitió que la conservara, con la exigencia de que me encargara de alimentarla.

Eleonora era gorda, muy fea y peluda. Era, en realidad, una araña espantosa. Si en el mundo de las arañas, como en el mundo de los humanos, se hubieran puesto de moda los cirujanos estéticos, la pobre Eleonora habría tenido que reconstruirse entera. A veces mi papá la miraba y decía con lástima:

—¿Crees que Eleonora haya tenido algún novio en su vida?

Y yo no respondía nada, porque Eleonora era tan fea que ni siquiera estaba seguro de que fuera una tarántula o un tarántulo, y no estaba dispuesto a hacer las averiguaciones científicas.

A la siguiente clase llegué con Eleonora escondida en mi mochila. Cuando el delegado de la Cruz Roja comenzó a dar las explicaciones acerca de las picaduras de abejas, avispa, abejorros, moscas, zancudos, arañas y chinches, abrí el frasco discretamente y deposité a Eleonora junto al zapato de Clara. Eleonora me miró con sus ocho ojos llenos de angustia, pero le hice un guiño para que subiera por el calcetín con confianza.

El corazón me latía aceleradamente, Eleonora empezó a ascender poco a poco por la pierna. Sus patas gordas y peludas rozaron la piel de Clara y ella hizo un ligero movimiento como si algo le produjera una leve comezón. El delegado seguía con sus explicaciones sobre picaduras y venenos; yo solo esperaba el instante en que la desgraciada de Clara se diera cuenta de lo que tenía encima.

En ese momento, una niña que se había percatado de la presencia de Eleonora, dio un alarido de alerta mientras señalaba con su índice la rodilla de Clara:

—¡Una arañota horribleeeee!

Clara se levantó de un salto, sacudiéndose aterrorizada, y la pobre Eleonora cayó al piso. La niña del alarido agarró su pesada mochila con la intención de lanzarla sobre mi tarántula y entonces decidí tirarme al piso para protegerla del peso asesino del arma-mochila.

No calculé bien.

Caí encima de Eleonora y la aplasté.

La pobrecita no tuvo tiempo para reaccionar, quedó como un tatuaje, de rockero heavy metal, pintado en el piso.

Clara, al constatar la muerte de la peluda Eleonora, me miró asustada y dijo con voz temblorosa:

—¡Gracias, Agustín, me salvaste la vida! No voy a olvidar jamás este gesto que has tenido conmigo.



Clara pensó que yo había matado a Eleonora para salvarla a ella. Sentí vergüenza por mis malas intenciones y tristeza por mi fea y difunta tarántula.

Al terminar el curso, luego de que el delegado entregó a cada uno su diploma de participación en «Mis primeros pininos en Primeros Auxilios», Clara se acercó a mí, me volvió a agradecer y propuso que fuéramos amigos.

—Perdón, Agustín, me porté mal contigo. Disculpa por la trompada y por dejarte sin aire en la clase de los atragantamientos. Perdona por poner un chicle en tu silla para que te sentaras en él. Discúlpame por escribir en la pizarra que con el tamaño de tus ojos, si se te irritaran, necesitarías que el colirio te lo pusieran con manguera los bomberos.

Ella extendió su mano y agregó:

—¿Amigos?

Y yo respondí:

—Amigos.

Confieso que no tenía demasiadas ganas de aceptar su propuesta, pero pensé que si la rechazaba, habría vuelto al ataque.

Fue así como, gracias a una horrible tarántula que enterré con gratitud en el patio de mi casa, Clara y yo nos convertimos en los mejores amigos.



Capítulo 3

Cuando papá y mamá se separaron, yo tenía casi nueve años y Valeria once. Un día nos reunimos en la sala de la casa y aunque intentaban lucir tranquilos, se les notaba a leguas que estaban nerviosos.

—Papá y yo hemos tomado una decisión importante y queremos compartirla con ustedes —dijo mi mamá restregándose las manos y sonriendo temblorosa.

Mi padre corrigió:

—No. Tú has tomado una decisión y yo no he tenido otra alternativa que aceptarla, por eso estamos aquí.

—Antonio, por favor... —dijo mamá mientras le clavaba la mirada y apretaba los labios. Ella respiró profundamente, los ojos se le llenaron de lágrimas y continuó:

—Queremos decirles que ustedes dos son lo más importante de nuestras vidas, pero a partir de hoy...

En ese momento Valeria, enroscándose un mechón de pelo en su dedo índice, interrumpió con gesto de aburrimiento:

—Se van a divorciar. Ya lo sabía.

Ella siempre se ha creído una sabelotodo, cuando yo terminaba de contarle un chiste que me había aprendido en la escuela, ella decía: «Qué chiste más viejo, ya me lo sabía»; si veíamos una película en la tele y los protagonistas se besaban, hacía una mueca especial y mirando al techo comentaba: «Ya lo sabía... estaban enamorados». Sin embargo, cuando dijo esa palabra frente a mis padres, los dos se quedaron como estatuas y yo, que no había entendido nada, pregunté:

—¿Qué es *divolciar*? —Por raro que parezca nunca había escuchado esa palabra. Creo que, hasta entonces, en mi pueblo nadie la había pronunciado. En Corazón existían solteros, casados y viudos. Pero nadie era divorciado.

—Contéstenme, ¿qué es *divolciar*?

—*Divolciar* no, tonto, dije divoRciar. Eso quiere decir que papá y mamá ya no van a vivir juntos, y nosotros tendremos que elegir con cuál de los dos nos iremos.

—¿Pero por qué? ¿Por qué no van a vivir juntos? ¡La casa es grande y cabemos todos! —dije mientras percibía un extraño picor en los ojos.

Mamá me tomó de las manos e intentó tranquilizarme:

—Mira, Agustín, quizá ahora te resulte un poco difícil de entender, pero papá y yo estaremos mejor si vivimos separados. Tú, Valeria y yo nos iremos a vivir en la casa de los abuelos. Tú sabes que desde que ellos viven en la playa la casa de Corazón quedó equipada, pero vacía. He hablado con ellos y me han dicho que podemos quedarnos allí el tiempo que sea necesario. Los abuelos nos visitarán con más frecuencia que antes, pero su casa será, a partir de hoy, la nuestra.

Aunque mamá dio su explicación a todo esto, yo sentía que mi casa era aquella en la que había vivido desde siempre, con papá, mamá y la bruja de Valeria; ahí nací, me caí por primera vez de la cama, tuve mi primera mascota y soñé cosas lindas. Para mí la casa de mis abuelos era eso: «la casa de mis abuelos».

Volteé a ver a mi padre, que se secaba los ojos con un pañuelo, e intenté imaginar en un instante lo que significaría vivir en otra casa, sin él. Tal vez no habría gran diferencia: todas las mañanas mamá nos serviría el desayuno a Valeria y a mí; a la hora de untar la mermelada en el pan los dos tendríamos nuestra primera

pelea del día; mamá nos mandaría callar; luego iríamos al colegio; por la tarde haríamos tareas y jugaríamos en el jardín, todo igual... pero sin papá. ¿Y él? ¿Qué haría sin nosotros? Desayunaría solo; después bajaría al Foto Estudio a revelar las fotografías pendientes; almorzaría solo; luego bajaría otra vez al estudio; pasaría toda la tarde solo, esperando que un cliente llegara a sacarse una foto para pasaporte, y a la noche no tendría a quién invitar a ver la tele ni con quién discutir sobre la situación del país. Mi papá no era bueno para estar solo, yo estaba seguro de eso, a él le gustaba conversar hasta con las plantas.

Sin entender nada de lo que ocurría en la sala de mi casa, comenté algo que me salió del alma:

—Yo no quiero dejar solo a mi papá; si Valeria se va contigo, me quedaré aquí, así todos nos haremos compañía... además, papá me necesita para que lo ayude en el Foto Estudio.

Esta última frase era mentira. Papá no me necesitaba en su trabajo, yo no podía ayudarlo en nada, ¡ni siquiera me dejaba tocar las cámaras fotográficas! Pero no quería que él se quedara solo. Los papás pueden divorciarse entre ellos; pero yo no había decidido divorciarme de nadie.

Mamá sonrió aunque se le notaba la tristeza, papá se sonó la nariz y Valeria comentó: «Ya lo sabía».



Fue así como un día mi familia se dividió en dos pedazos iguales, como cuando mi papá decidía romper una fotografía en la que los novios habían salido feos, y la partía por la mitad. Al romper la foto la novia se separaba del novio, aunque ambos hubieran jurado en la iglesia que estarían juntos toda la vida. Un pedazo de papel caía dentro del tacho de basura y la otra, a veces, caía afuera. Yo me fijaba que en ciertas ocasiones al romper la foto una parte del novio (un cachete o un brazo) se quedaba en la parte de la novia, como

30

si no hubieran tenido el tiempo y el cuidado para separarse sin hacerse daño. Algunas veces, la novia perdía un ojo. Otras, el novio permanecía con su mamá en un pedazo de la foto, y en el otro se quedaba la novia sola, con su traje de merengue. En toda ruptura siempre había cosas absurdas.

Valeria y mamá se fueron a vivir en la casa de los abuelos y yo me quedé con papá en la casa del Foto Estudio Corazón.

Solo ocho calles nos separaban, pero esas ocho calles parecían doscientos mil kilómetros.



Capítulo 4

31

Si Miss Universo hubiera llegado a mi casa a tomar el té, estoy seguro de que no habría causado tanta novedad como la provocó «la poderosa».

Durante todo un mes Rosita, la señora que cocinaba para nosotros, y yo tuvimos que soportar a mi papá a la hora del almuerzo hablándonos de las cualidades de «la poderosa». No había otro tema de conversación posible, parecía que nunca más volveríamos a hablar de otra cosa. Papá estaba tan orgulloso de su nueva adquisición que cada noche agarraba el teléfono y llamaba a todos sus parientes, amigos y conocidos para ponerlos al tanto de

la gran novedad: Se había comprado «la poderosa», una súper cámara fotográfica profesional y digital... que le había costado un dineral.

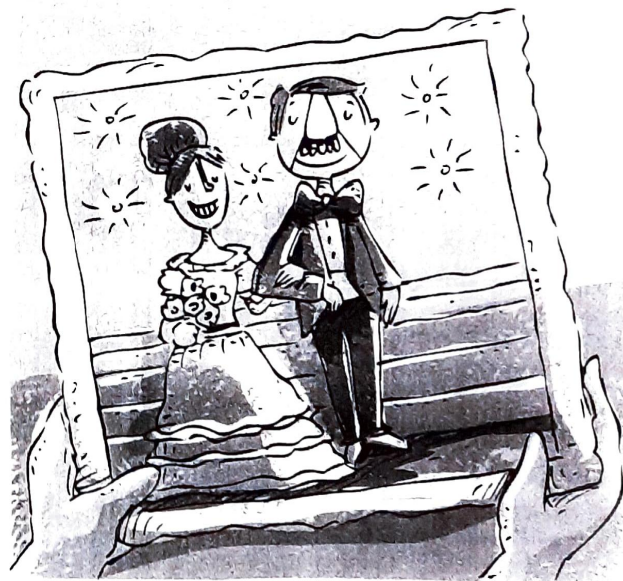
Él decía así «¡un dineral!», pronunciando lentamente para que no quedara la mínima duda del esfuerzo económico que esta compra había supuesto, y para que nadie fuera a pensar que se había comprado una de esas camaritas baratas y minúsculas que vendían en cualquier bazar chino de barrio.

Hasta entonces, cuando alguien contrataba los servicios fotográficos de mi papá, él cargaba su vieja cámara Nikon en una maleta gastada por el tiempo, llevaba una buena cantidad de rollos fotográficos y se vestía elegantemente para no desentonar en el evento.

Papá llegaba dos horas antes de que iniciara la fiesta a cumplir con su misión. Si se trataba de una quinceañera, por ejemplo, la fotografiaba desde el momento en que la tía habilidosa la estaba peinando con bucles y un gran moño. Papá decía que esas escenas tienen un particular encanto, y a veces los instantes previos al evento son más divertidos que la fiesta en sí, por eso fotografiaba a la quinceañera cuando la maquillaban con sombras de ojos color rosa, lápiz de labios color rosa, polvo para mejillas color rosa y esmalte de uñas color rosa. En la lista de los colores más desagradables del mundo, creo que el rosa debería ocupar el primer lugar.

Yo odiaba a las quinceañeras porque todas posaban de forma idéntica, sonreían de manera fingida como si quisieran lucir dulces y angelicales. Miraban a la cámara como expresando: «Fíjate qué cara de buenita soy capaz de poner».

A continuación, mi papá las fotografiaba bajando por las escaleras de la casa, con su espantoso vestido rosado, del brazo de su orgulloso, gordo y bigotón padre (todos los padres de las quinceañeras son iguales). A esta foto se sumaba la de la madre de la quinceañera, las tías y las abuelitas, cada una con un *kleenex* en la mano, secándose las emocionadas lágrimas para evitar que se les derramara el maquillaje hasta las rodillas.



Después... la infaltable foto de la quinceañera con sus amigas; la fotografía con su «caballero» que, usualmente, es el chico que al ser designado como tal, sentirá la presión de toda la sociedad y deberá declararse a la quinceañera en su fiesta. Por último, la obligatoria foto del baile del valse.

Sé todo esto de memoria, porque desde que tengo uso de razón papá me ha pedido organizar los álbumes de sus clientes.

Con la cámara vieja, mi padre llegaba y al día siguiente, muy por la mañana, se levantaba a revelar los rollos. No siempre las fotografías salían como él lo esperaba. A veces, un error en la cantidad o calidad de los químicos reveladores hacía que el color rosa se viera morado o azul... entonces en lugar de una fiesta de quince años, todo lucía como si se tratara de una fiesta de Halloween. En ocasiones descubría que, en la mejor fotografía familiar, la quinceañera aparecía bizca o con los ojos de conejo. La tecnología no ayudaba; revelar un rollo fotográfico era siempre un acto en el que papá y yo nos encomendábamos a todos los santos.

De hecho, recuerdo a papá rezando una plegaria, con mucha fe, antes de iniciar el revelado; decía: «Señor, gracias por el trabajo que me das; gracias por permitirme ayudar a que la gente tenga lindos recuerdos; gracias por mi cámara que es mi compañera. Te pido

que la novia no salga gorda; que la suegra no salga arrugada; que la quinceañera parezca una santa; que el graduado parezca inteligente y que el bautizado no vomite, amén».

Papá me había enseñado nociones básicas de fotografía e iluminación; además, ciertas pautas sobre cómo usar el flash para que los retratos no salieran planos o con sombras demasiado marcadas. Alguna vez me permitió acompañarlo a un evento para fijarme en los detalles y también recuerdo que en varias ocasiones permitió que lo ayudara en las fotografías de personas que iban al estudio a sacarse una foto para pasaporte o de las que pedían en las escuelas. Normalmente, después de una fiesta, papá revelaba los rollos y cuando todo estaba listo, me llamaba de un grito: «¡Agustín, tu turno!» Eso quería decir que debía tomar uno de los álbumes vacíos conservados en una repisa del Foto Estudio y colocar con buena letra en la primera página: «Fiesta de quince años de la bella señorita Yesenia del Rocío Palma Iriarte», debía poner «la bella señorita» aunque la quinceañera fuera la hermana gemela de King Kong... esas pequeñas mentiras piadosas eran parte del negocio.

Después debía guardar, en orden, una a una las fotografías de la fiesta. Esas fotografías se convertirían en un recuerdo maravilloso para el corazón de las personas que habían participado de esa celebración.

Algún día, en el futuro, esa quinceañera abriría el álbum y vería con nostalgia a su padre bigotón. Miraría, horrorizada, el patético peinado que le había hecho su tía para la fiesta. Se alegraría recordando la declaración de amor que escuchó de su caballero. Lloraría mirando a la llorona abuelita. Y al final del álbum leería una pequeña placa dorada autoadhesiva que mi padre solía colocar discretamente. Esa tarjeta decía:

Foto Estudio Corazón

Fotografía de eventos que salen del corazón.

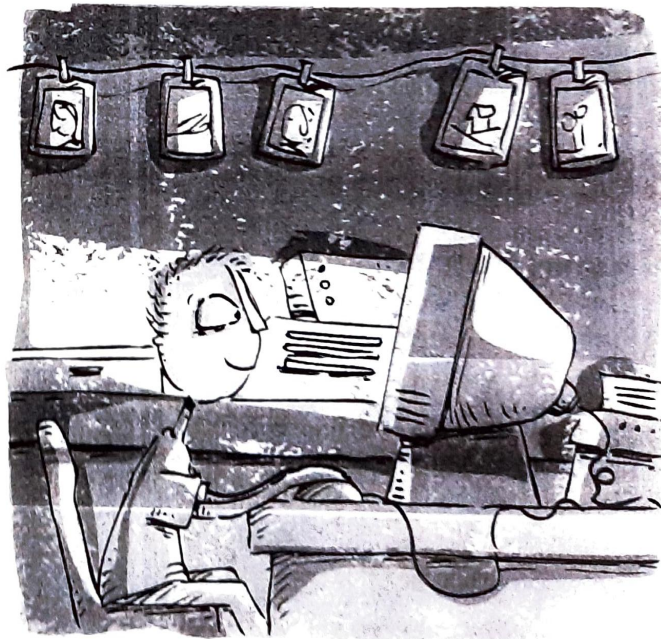
Calle de la Piedra 986. Teléfono: 224 8931

Con la llegada de «la poderosa», mi papá estaba feliz. Ya no tendría que cruzar los dedos para que las fotos salieran bien, él podría verificar en la pantalla, inmediatamente después de hacer click, que el enfoque, el encuadre y el aspecto de los fotografiados fuera el esperado. Nunca más necesitaría de los rollos. Tendría más capacidad para corregir, para probar y experimentar. Era como si le hubieran regalado una nave espacial a quien solo había conducido un monopatín.

Pero además de «la poderosa», papá había tenido que comprar el equipo completo: una máquina reveladora súper moderna, un escáner y un computador con un programa especial para el retoque fotográfico.

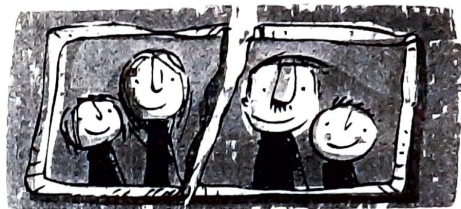
Las imágenes capturadas por la cámara digital se descargaban en el computador; si era necesario, se les hacía algún retoque y luego se imprimían en papel fotográfico.

Yo tenía estrictamente prohibido acercarme a la cámara que había costado un dineral, papá comentaba que ya habría tiempo para enseñarme a manejarla adecuadamente, pero él no pudo evitar que me apoderara del computador. Dos semanas después de que los técnicos lo instalaran, yo ya era un experto en el programa de retoque fotográfico. Era capaz de borrar lunares y espinillas, eliminar arrugas, cambiar de color ojos y cabello,



alargar pestañas, achicar orejas, corregir narices, eliminar rollitos en la cintura, borrar celulitis, poner pelo a los calvos, pelar a los pelones y muchas cosas más.

Sin darme cuenta había cumplido mi sueño... me había convertido en un cirujano fotógrafo, y sin mirar ni una sola gota de sangre.



Capítulo 5

39

Clara solía ayudarme en el Foto Estudio, le encantaba mirar las fotos de los eventos e imaginar las personalidades e historias de los retratados. Mientras yo revisaba cada imagen en la pantalla del computador para ver si requerían algún retoque, ella me hacía sugerencias y comentarios:

—Mira a la novia, juraría que se ha casado sin estar enamorada del novio.

—¡Qué cosas dices, Clara! ¿Por qué se habría casado entonces?

—Yo creo que su papá la obligó, fijate en la cara de ogro que tiene ese señor. Ah, y mira

esta otra foto, aquí la novia está mirando de reojo al muchacho de la corbata celeste... y él a ella.

—¿Y qué con eso? Ese muchacho podría ser el primo, o un amigo.

—No, esas no son miradas de primos, ¿no te das cuenta? Ella le está diciendo con los ojos: «Lo siento, me he casado con este bobo pero a quien realmente amo es a ti». De seguro ambos estaban enamorados, pero el padre de la novia, que es un energúmeno y le interesa el dinero de la familia del novio, la obligó a que...

—¡Un momento, Clara! ¿Cómo sabes que la familia del novio tiene dinero?

—Ay, Agustín, no te hagas, ¿has visto la cantidad de joyas que exhibe la mamá del novio? ¡Tiene más anillos que dedos! ¡Mira! ¿Y el diente de oro en la sonrisa del papá? ¿Y las cirugías de nariz en las hermanas menores? ¿Y la peluca del abuelito? Esa familia tiene dinero, te aseguro.

Con Clara nadie estaba a salvo, era capaz de inventar las historias más fantasiosas alrededor de una foto. Pero con quienes más se entretenía era con los políticos.

Aunque Foto Estudio Corazón siempre se había dedicado a eventos del corazón, cuando papá compró «la poderosa» tuvo que buscar oportunidades de trabajo no muy agradables para poder pagar las altas cuotas mensuales

en el banco. Fue así como comenzó a aceptar trabajos que antes había rechazado: fotografías a políticos en campaña.

Todos aparecían sonrientes, mostrando sus grandes dientes. Ponían caras de honestos y trabajadores. Durante las sesiones, mi papá colocaba la cámara en un trípode y acomodaba las luces. Más de una vez Clara y yo nos escondimos en la bodeguita para poder mirar de cerca, con la promesa de desquitar nuestros deseos de justicia cívica en el computador a la hora de hacer los retoques.

—A ese le agrandaremos la nariz —me decía furiosa y en voz muy bajita— y le pondremos un lunar peludo en la punta.

Entretanto el candidato practicaba su sonrisa, un asistente le colocaba polvo en la nariz para que no brillara, suficiente colirio en los ojos para que éstos lucieran limpios y transparentes, le acomodaba el peinado para esconder la calva y le embadurnaba con vaselina las pestañas.

Mi papá se ponía rabioso cuando le tocaba hacer ese trabajo, pero había que pagar «la poderosa» y el dinero escaseaba.

—Pero, papá —le dije una vez— no es para tanto, tú estás haciendo tu trabajo: le tomas una foto a ese señor y haces lo mismo que cuando te contratan para un evento... haces lo que puedes para que el señor salga bien. ¡No te ahogues en un vaso con agua! A veces es una novia, un bautizado... o un político.

Papá me miró con gesto de preocupación y cuestionó:

—¿Sabes qué es lo que me molesta? Que en ciertos casos las fotos mienten, ofrecen una imagen equivocada de la realidad y para cuando la gente se da cuenta... ya es demasiado tarde. ¿Tienes idea de cuántas personas votarán por este candidato solo por la foto del afiche?

Yo miré las fotos que estaban colgadas en las paredes del Foto Estudio y me di cuenta de que papá tenía razón... algunas fotos engañaban. En una de ellas aparecíamos papá, mamá, Valeria y yo. Recuerdo que fue en una Navidad. Él colocó la cámara Nikon en el trípode, enfocó, pidió que nos juntáramos un poco más, dio las clásicas indicaciones de fotógrafo: «Con el mentón arriba, Valeria. Agustín, mira a la cámara. Mariana, di chis», y cuando todos estábamos listos, presionó el botón automático que hacía que la cámara tomara sola la fotografía después de quince segundos, y corrió para acomodarse al lado de nosotros.

Salimos sonrientes frente al árbol navideño. La foto quedó tan linda que papá la amplió y la colocó con un marco en la pared del Foto Estudio. Todos lucíamos felices.

Pero hay ocasiones en que las imágenes no dicen la verdad, ahora lo sé.

Un mes después de esa Navidad, mi mamá y Valeria se fueron de casa.



Capítulo 6

43

Aquel domingo por la mañana, papá me despertó para que desayunáramos. Valeria se había quedado a dormir en casa y tuve el desagrado de encontrármela en el comedor. A veces, ella venía y en otras yo iba a casa de los abuelos a pasar el fin de semana con mamá. Si los padres se separan, hay que hacer eso... ¡qué fastidio! Yo preferiría que fueran ellos los que tuvieran que hacer maletas, guardar el cepillo de dientes, pijama, ropa interior, juegos y demás, para trasladarse a visitar a sus hijos. Cuando Valeria y yo nos encontrábamos la bronca era inevitable, aunque habíamos crecido (yo tenía doce y ella quince) ninguno de los dos perdía la oportunidad para incomodar al otro.

—Salúdame, tonto —dijo ella.

—Buenos días, gusano —respondí yo.

—¡Papá! ¡Este tonto me ha dicho gusano!

—¡Y este gusano ha hablado... llevémosla a un circo y nos haremos millonarios!

Entonces, papá levantaba sus manos pidiendo paz y tranquilidad, con una pregunta que jamás encontraba la respuesta que él anhelaba:

—¿Cuándo aprenderán a tratarse como hermanos?

Valeria respondía con gesto de autosuficiencia:

—El día en que este tonto madure.

Y yo concluía:

—Juro solemnemente que trataré con cariño y respeto a Valeria, el día en que el país termine de pagar la deuda externa.

Después del desayuno papá me preguntó si quería ir al centro comercial, él le había prometido a Valeria que le compraría un par de zapatos de deportes y yo, que ya conocía lo que ese plan significaba, busqué cualquier pretexto para quedarme en casa.

Valeria era de las que se probaba doscientos pares de zapatos antes de tomar la decisión, además se paraba frente al espejo de la tienda, modelaba y veía cómo lucían los zapatos cuando ella estaba de frente, de espaldas y con los pies cruzados. Incluso hacía preguntas absurdas como:



—¿No se me ve demasiado gorda con estos zapatos?

Como ya conocía el «súper divertido» plan, inventé que el lunes tenía examen de Ciencias y debía estudiar. Papá me dijo entonces:

—Encima del mesón del estudio dejé las fotografías del evento del viernes. Por favor, organízalas y guárdalas en el álbum. He quedado en entregarlas mañana a primera hora.

—De acuerdo —respondí y, sin demasiadas ganas, me dirigí al Foto Estudio.

En el mesón encontré un sobre amarillo en el que mi padre, organizado como era, había escrito los datos necesarios: Fiesta de quince años de la señorita Alegría Miño, 4 de febrero, Hotel de las Rosas.

Decidí llevar el álbum y el sobre con las fotografías a mi cuarto para hacer el trabajo que me había encomendado papá mientras miraba la tele. Volteé la envoltura encima de mi cama y las fotos cayeron desordenadas. Encendí la tele y a pesar de que tenía ganas de ver un partido de fútbol, no alcancé a cambiar de canal.

Ella me miró y quedé congelado.

La primera fotografía que escapó del sobre era la de unos ojos que se clavaron en los míos y me dejaron pasmado.

Tomé la foto con la mano temblorosa y la miré detenidamente. Ahí estaba la chica más linda que había visto en mi vida. Papá,

al parecer, decidió hacerle un primer plano del rostro, porque quizá él también se había quedado impactado por el verde agua de sus ojos.

Puse la fotografía frente a mí y de inmediato advertí que se me ponían rojos los cachetes. Sentí vergüenza y agradecí el hecho de estar solo en casa. ¿Por qué me ponía rojo ante una fotografía? ¡Eso era ridículo! Pero no lo podía evitar.

Ella me sonreía. Bueno... había sonreído a la cámara, pero yo la tenía delante de mí, y eso daba a entender que esa sonrisa me pertenecía.

Seguí pasando las fotos con cuidado, con una curiosidad que hasta ese momento desconocía. No podía evitar el sentirme como un fisgón, un metiche, un espía inexperto que había perforado un agujero en la pared de la casa de esa chica para observarla. Con mi corazón latiendo a mil por hora, comencé a descubrir su mundo a través de sus ojos verdes.

Primero encontré la clásica foto familiar; ahí aparecía la madre, una señora guapa, delgada, de cabello largo y oscuro; el padre... bigotón, altísimo y musculoso como casi todos los padres de las quinceañeras; y dos niños que debían ser los hermanos menores, mucho menores, tendrían ocho o nueve años y eran, evidentemente, gemelos. Me di cuenta de que tenían aspecto de traviesos insoportables y,

ante eso, pensé que sería bueno conseguir otra tarántula por si llegaba a conocerlos.

Tomé el sobre y leí nuevamente su nombre: Alegría Miño.

Yo no la conocía, bueno, es que a la única chica que conocía en el mundo era Clara. Pero ella a ratos no aparentaba ser una chica sino un chico... silbaba con el dedo meñique dentro de la boca, no se perdía un partido de fútbol de la Champions y no tenía miedo a la sangre. Además Clara, a diferencia del resto de chicas del mundo, odiaba el color rosa.

Seguí mirando las fotos y aunque había visto cientos de fotografías de quinceañeras en mi vida... Alegría no tenía la pose de falsa santurrón que yo normalmente descubría en las otras chicas. Ella se veía linda y auténtica. Era alta, delgada, de cabello castaño, ligeramente rizado y largo hasta media espalda.

Encontré una foto en la que estaba rodeada de sus amigas, siete chicas con sonrisas exageradas y fierros en los dientes. ¿Cuál de ellas sería su mejor amiga? ¿Cuál la envidiosa a la que se vio obligada a invitar para evitarse problemas? ¿Cuál de todas sería su confidente, la que le guardaba todos los secretos? ¿Y los amigos? También ellos aparecían en una foto, y me dio la impresión de que la pobre Alegría se había visto obligada a invitar al Club de orejas prominentes del pueblo de Corazón. Los

amigos eran unos flacos, de narices y orejas enormes, con algunos granos en la cara y con peinados idénticos: una tonelada de gel por cabeza. Todos ellos se veían extraños en sus trajes, de seguro los habían pedido prestados a sus hermanos mayores.

Alegría tenía un pequeñísimo lunar debajo del ojo derecho, en la mejilla. Ese mismo lunar se repetía en los gemelos y en su madre. Hay huellas familiares que podrían parecer insignificantes pero que se convierten en herencias poderosas e inevitables. Yo, para mi mala suerte, heredé los ojos de plato de papá y las piernas escuálidas de mamá.

Me fijé también que la nariz de Alegría era igual a la del padre, pequeña y proporcionada, qué suerte que de él heredó lo mejor, porque de ese señor se podría decir cualquier cosa, menos que se pareciera a un modelo de portada de revista.

Su vestido era del modelo «pastelillo», con tules, adornos y perlas; sin embargo, por primera vez yo veía que un vestido de ese tipo le quedara tan bien a alguien. Ella tenía aspecto de un ángel de color rosa; a diferencia de otras quinceañeras que parecían conos de algodón de azúcar con colorante, como los que vendían en las ferias.

También encontré una foto con su mascota, un perro inmenso con cara de pocos amigos; Alegría estaba sonriente y lo tenía sujeto del

collar, imagino que con la intención de que no se abalanzara para almorzar a mi papá y a «la poderosa».

50 Estaba linda en la foto donde descendía por las escaleras para llegar al salón de la fiesta; linda en la del valse; linda durante la fiesta; linda mientras su papá pronunciaba el discurso... linda en la fotografía que decidí robar.

Nunca había hecho eso, jamás se me había ocurrido quedarme con una fotografía del trabajo de papá, pero esta oportunidad era una excepción, sentía que ya no podía ni quería alejarme de esa mirada. Separé la foto del resto, volví a colocarla frente a mis ojos, la estuve mirando con minuciosidad durante larguísimos minutos y de nuevo mis cachetes se encendieron como dos bombillos rojos. Entonces, cuando la tenía ante mí, no sé por qué la acerqué a mi rostro y la besé. En ese momento Valeria, sorpresivamente, irrumpió en mi cuarto y del susto solo alcancé a retirar la foto y a esconderla con rapidez debajo de mi almohada.

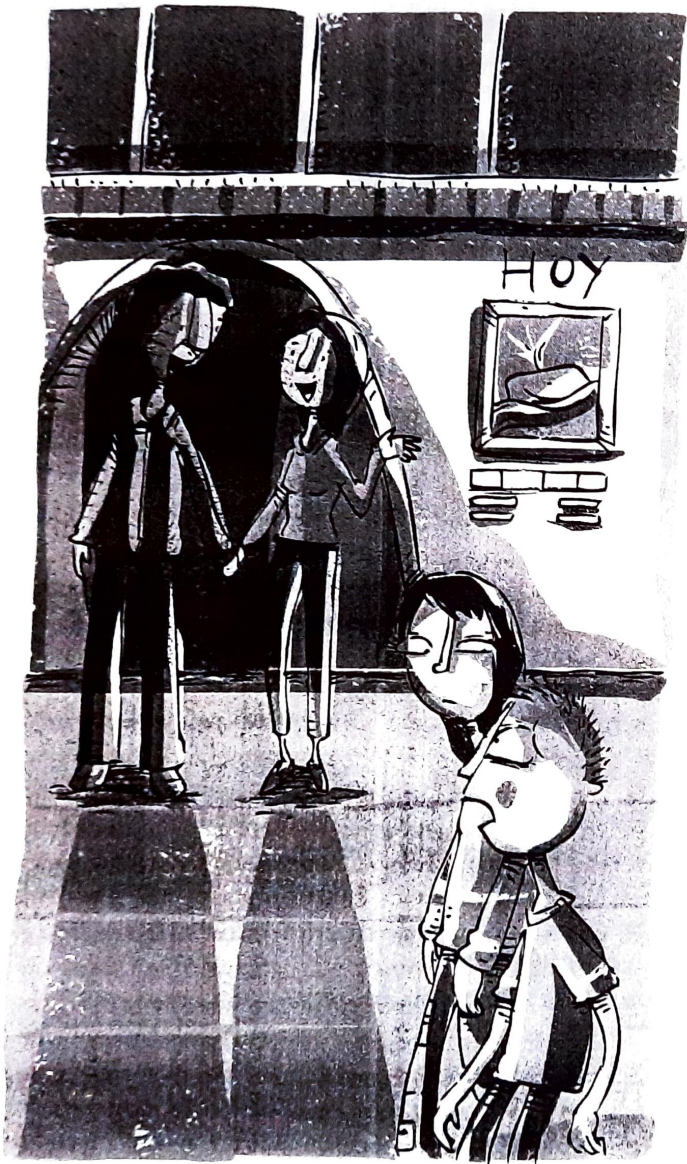
—¡¿Qué tienes ahí, gusano?! ¿Qué escondes debajo de la almohada?



Capítulo 7

51

Fue una tarde en la que Clara y yo caminábamos por el centro del pueblo cuando vi a mamá salir del cine tomada de la mano de un señor. Con una sensación que hasta ese instante desconocía intenté esconderme detrás de un árbol, como si yo estuviera haciendo algo malo, pero luego decidí caminar de prisa porque me di cuenta de que no podía retener las lágrimas y no quería que Clara me viera llorar. Sentía vergüenza, sentía rabia, sentía dolor. Las lágrimas escapaban de mis ojos y no podía contenerlas, las manos me temblaban y una fuerte opresión en la garganta me ahogaba. De pronto, Clara me detuvo de



un grito, me arrinconó contra la pared y, sorpresivamente, me dio un fuerte puñetazo en el estómago dejándome sin aire.

—¡¿Qué haces, Clara?! —le pregunté furioso al recuperarme.

—Perdona por mi método, Agustín, pero prefiero verte enfurecido antes que triste. No soporto ver llorar a mis amigos.

—Tú no entiendes, Clara —le dije mirando al cielo para que las lágrimas volvieran a entrar a mi cuerpo.

—Por supuesto que entiendo, Agustín, tú tienes unos papás que están separados, y yo tengo unos que deberían estarlo. Créeme que sé lo que sientes.

El divorcio de mis padres había ocurrido cuatro años atrás y yo entendía que, tarde o temprano, cada uno podría salir con otra persona, solo que cuando eso sucede de verdad, y ves a tu mamá caminando de la mano de su novio... algún dolor guardado se reactiva en tu cuerpo, aunque no lo quieras.

Días después, en casa de los abuelos vi a ese señor. Se llamaba Adolfo, y mamá me obligó a que lo saludara. Él me hizo un par de preguntas intentando ser simpático, yo respondí nervioso con pocas palabras y luego inventé que había olvidado hacer una tarea. Subí las gradas y me encerré en el baño durante algunos minutos, quizá veinte, me senté sobre la baldosa fría y pensé en papá. ¿Cómo se sentiría cuando lo supiera?

Yo sabía que él aún conservaba, secretamente, una caja metálica en su cuarto con antiguas cartas de amor y fotos de mi mamá. En ocasiones, lo encontraba con la nariz roja revisando esas fotos; sin embargo, él intentaba disimular y decía que en la caja conservaba documentos del banco, facturas y recibos.

Al estar a solas con mamá, le pregunté:

—¿Es tu novio? ¿Te vas a casar con él?

Mamá se puso roja, muy nerviosa y contestó:

—No. Qué cosas dices. Adolfo es solo un amigo. No me voy a casar.

—¿Me lo prometes?

—Prometido.

No recuerdo haber escuchado a mis padres pelear mientras vivieron juntos, pero sí recuerdo a mi mamá repetirle muchas veces que quería trabajar, que para eso había estudiado, no quería quedarse en casa para siempre, cocinando y lavando ropa; y papá, sin levantar la voz pero sin darle importancia, le respondía que más adelante, que dentro de un año, en la próxima Navidad, cuando Valeria y yo estuviéramos más grandes. Mamá reclamaba, se quejaba en voz baja, y él, con tono firme ponía como ejemplo a su madre que se había dedicado por completo al hogar y a su abuela. «Punto final, Mariana, punto final», decía él y se levantaba de la mesa. Y mamá se quedaba sentada mirando, con los ojos fijos, a ninguna parte.

Tal vez ella no era feliz. En casa teníamos un periquito en una jaula, Valeria se lo había ganado en una fiesta de cumpleaños, a veces yo encontraba a mamá conversando con él, como si los dos tuvieran cosas que decirse.

Poco tiempo después de separarse, mamá comenzó a trabajar en el dispensario médico del pueblo. Era enfermera y, además, había tomado cursos de Administración a distancia sin que papá lo supiera. Cuando él se enteró de su trabajo se puso furioso y comenzó a decir cosas feas de ella.

—¿Se odian? —me preguntó Clara cuando una vez hablamos de mis padres y su divorcio.

—No. No se odian, pero sí creo que tienen muchos resentimientos. Se echan la culpa entre sí. Mamá dice que papá le mintió, le ofreció cosas y después no las cumplió. Él también dice que la mentirosa fue ella y que siempre tuvo planeado dejarnos. No se hablan demasiado, solo lo necesario. Cuando mamá pasa por casa para dejar a Valeria, él le dice: «Buenos días, Mariana», y ella le responde: «Buenos días, Antonio», pero nunca, nunca, se dicen nada más.

—Mis papás no se hablan —me dijo Clara— yo soy su traductora simultánea.

—¿Traductora simultánea? No entiendo.

—Te explico... mamá me dice: «Dile a tu padre que baje a comer, que la cena está servida y que esto no es un hotel, aquí se come a las ocho de la noche», entonces voy donde

papá, le transmito el mensaje y él responde: «Dile a tu mamá que si esto fuera un hotel ya habría despedido al cocinero». Ellos siempre hablan con comentarios irónicos, con burlas, cada uno busca la manera más cruel de herir al otro, y yo siempre estoy en la mitad como espectadora de un show al que preferiría no asistir.

—¿Y por qué siguen juntos? No lo entiendo.

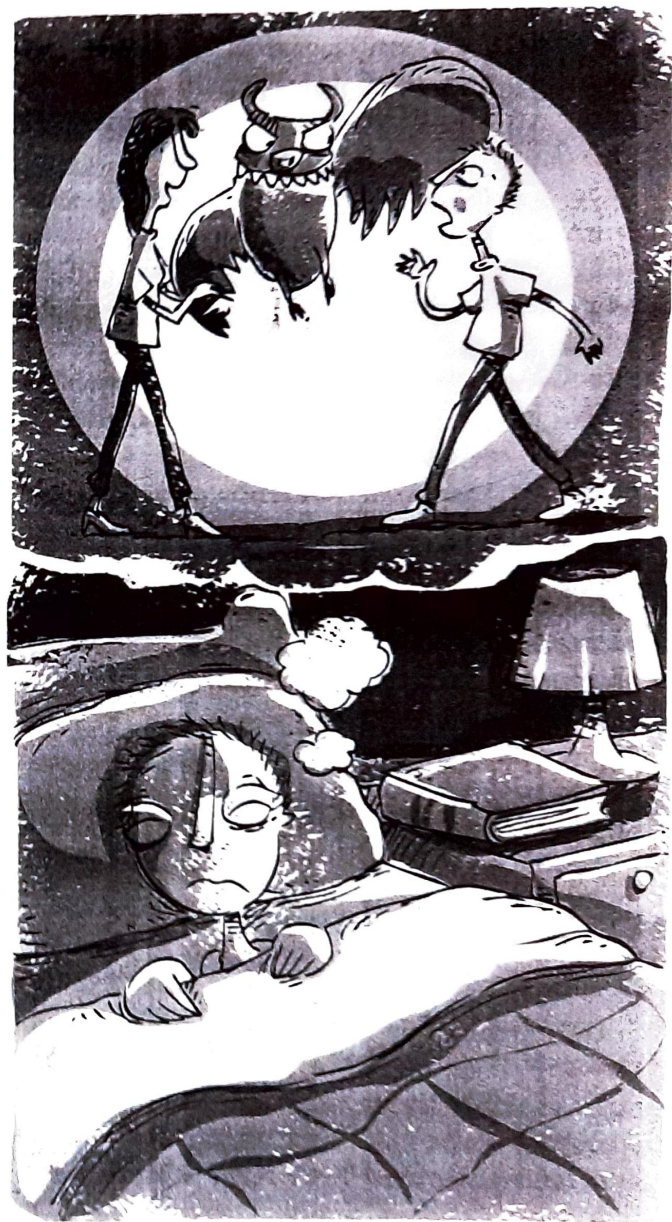
—Yo tampoco. Pienso que papá no se va de casa porque le da pereza hacer maletas. ¿Y mi mamá? Quizá tiene miedo de quedarse sola. Siempre está buscando compañía, habla hasta con las macetas.

—¿Sabes, Clara? Lo más triste es que yo creo que mi papá aún está enamorado de mi mamá. Se le nota.

La noche que conocí a Adolfo me sentí muy mal. No solo por mí, sino porque no pude dejar de pensar en papá ni un minuto. ¿Debía contarle lo que había ocurrido? ¿Tenía que saberlo por mí? ¿Qué palabras debía utilizar para que él no se sintiera mal con la noticia? Pensé que todo sería más fácil si mis papás, como los de Clara, se odiaran. Así nadie sufriría y a ninguno de los dos le quitaría el sueño la noticia.

Me acosté pensando en papá y esa noche tuve una pesadilla absurda y angustiada: veía a mamá paseando de la mano de un murciélago por el pueblo, ella se me acercaba y decía:

—Agustín, hijo, te presento a mi novio.



Yo observaba con horror al enorme bicho extendiendo su pata peluda para saludarme y entonces salía corriendo mientras escuchaba, detrás de mí, el aleteo del murciélago. Llegaba a mi casa, asustado y agotado, cerraba la puerta y cruzaba los cerrojos para que el monstruo aquel no pudiera entrar. De pronto, escuchaba la voz de papá que me llamaba desde la sala; al entrar lo veía sentado junto a mi profesora de Computación, la señorita Clemencia Zapata... a la que todos en el colegio llamamos «señorita Inclemencia», porque casi siempre califica nuestros exámenes con el tierno corazón de un sicario.

—Agustín, te presento a mi novia —decía papá con sonrisa de oreja a oreja, mientras Inclemencia abría sus brazos, me atrapaba y embadurnaba su pegajosa pintura de labios en mi cachete.

Yo solo podía responder con un prolongado alarido:

—¡Nooooooooooooooooo!



Capítulo 8

59

Valeria y yo forcejamos durante algunos minutos, ella quería retirar la almohada y descubrir lo que yo escondía ahí. La agarré de los puños para que no pudiera golpearme, me senté encima de la almohada y saqué fuerzas para impedir que me empujara.

Cuando papá entró a la habitación nos ordenó separarnos.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué siempre están peleando?

—Agustín tiene algo escondido debajo de la almohada, papá, y solo le pedí que me lo mostrara, pero él, como es su costumbre, se

puso violento y ya ves lo que provocó. Exígele que saque lo que tiene ahí y nos lo enseñe.

Yo miré a papá con ansiedad, él se quedó callado por unos segundos mientras veía el álbum y las fotografías de la fiesta de quince años que reposaban en mi cama.

—Dile, papá, dile que saque eso que tiene debajo de la almohada —insistió Valeria con una curiosidad reflejada en cada gesto— puede ser algo malo.

—¡Basta de peleas! Sal del cuarto de tu hermano, y tú, Agustín, termina de arreglar ese álbum que tengo que entregarlo mañana a primera hora.

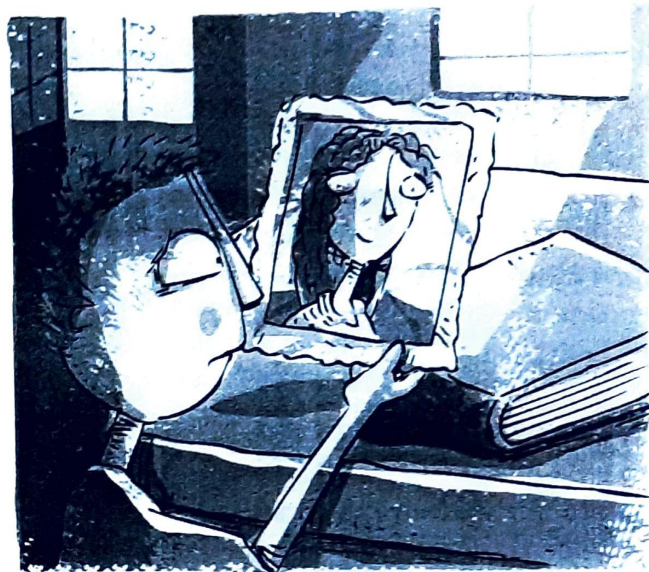
—Pero, papá... —dijo Valeria.

—Enseguida termino —respondí yo.

Papá dio media vuelta, tomó a Valeria del hombro para que saliera y, al cerrar la puerta, me miró, con un gesto de complicidad me guiñó un ojo y, para disimular, dijo con voz enérgica:

—¡Apúrate!

Me puse de pie, aseguré la puerta y volví a mi cama. Levanté la almohada y me di cuenta de que la fotografía se había arrugado. Mi pobre Alegría tenía una arruga en la nariz, pero incluso así se veía linda. La guardé en medio de un grueso libro para que la arruga se alisara y me dispuse a terminar con mi tarea.



Entrada la tarde, luego de que papá dejó a Valeria en casa de los abuelos, íbamos los dos en el auto de regreso, cuando su teléfono sonó y respondió:

—Ah, sí, qué tal, ¿cómo está usted?... ¿Hoy? Sí, creo que sí, no hay problema, lo tengo listo... claro, entiendo, la curiosidad... sí, sí, han quedado muy bien... de acuerdo, en veinte minutos entonces, ahí nos vemos... hasta pronto.

—¿Quién era? —pregunté.

—Un cliente, ha pedido que le lleve las fotos para las que me contrató, en principio quedamos en que se las daría mañana, pero al parecer están todos en casa con ganas de verlas ya.

Sentí que el corazón se me salía del pecho.

—¿Un cliente? ¡¿Qué cliente?!

—El señor Miño, el papá de la quinceañera del viernes, es el álbum que estás organizando. Lo tienes listo, ¿verdad?

—Sí, sí —balbuceé— está... listo. Sí, está listo.

—Haremos lo siguiente, Agustín, pasaremos por el Foto Estudio, retiraremos el álbum y después me acompañarás a entregarlo, ¿te parece?

—¿Yo?! —pregunté incrédulo.

—¿Hay algún otro Agustín en este auto? ¡Claro que tú! Salvo que tengas algo que hacer en casa... dijiste que tenías que estudiar para un examen de Ciencias. Pensándolo bien, no quiero interrumpir tus estudios.

—¡No, papá! ¡No interrumpes nada, de verdad! Ya terminé de estudiar. Mientras tú y Valeria fueron a buscar zapatos, revisé mis apuntes y estoy preparadísimo para el examen. De verdad... preparadísimo. Yo te acompaño, por favor, déjame que te acompañe. Déjame, déjame, déjame que te acompañe ¿Sí?

Ante esa ametralladora de «déjames» papá me miró, sonrió y dijo:

—¿Te pasa algo? ¿Estás bien? Te noto nervioso.

—¿Yo, nervioso? ¡Qué va! No estoy nervioso, no sé lo que son los nervios, si estuviera nervioso te diría «estoy nervioso», pero no estoy nervioso... para nada.

Papá volvió a sonreír y cuando llegamos a casa bajé como un rayo a buscar el álbum fotográfico y aproveché para entrar a mi cuarto a cambiarme de camiseta y luego al baño para peinarme. No quería que Alegría me conociera con pinta dominguera de «ponte cualquier cosa».

Al regresar al auto, papá me miró y comentó:

—¿Y eso? ¿A qué se debe tanta elegancia?

—Ninguna elegancia, papá, solo que al entrar al Foto Estudio tiré el vaso con jugo del desayuno que, sin querer, había dejado sobre el mesón y se me manchó la camiseta. Por eso tuve que cambiármela.

—¿Y el peinado?

—Bueno... es que al quitarme la camiseta me despeiné y se manchó de jugo el pelo, entonces tuve que limpiarme y peinarme otra vez.

—Ah —dijo mi papá y durante todo el trayecto permaneció en silencio. Yo sentía que me temblaba todo, estaba a punto de conocer a Alegría Miño, la alegría de mi vida, la dueña de los ojos verdes que me habían quitado el aliento. ¿Cómo la saludaría? «Hola, qué tal, mucho gusto, me llamo Agustín, feliz cumpleaños» o «No me digas tu nombre... déjame adivinarlo, tú debes llamarte ¡Alegría!, claro, con esos ojos y esa sonrisa...». ¿Debía saludarla con beso o con la mano? Esa duda me puso a transpirar, ya me había ocurrido algunas veces cuando estaba listo para saludar con beso,

la otra persona me clavaba en las costillas su mano extendida. Debería existir una ley que evitara esos papelones: «El Gobierno Nacional decreta que a partir de los doce años de edad, todas las personas se saludarán con beso. Quedan excluidas las señoras de maquillaje grasoso y pegajoso».

Al llegar a la casa de la familia Miño, papá detuvo el auto y dijo:

—¿Sabes, Agustín? He estado pensando en algo.

—¿En qué, papá?

—En que esta mañana no hubo jugo en el desayuno.

Papá se bajó del auto y aunque no pidió que lo acompañara, me apresuré a hacerlo. El portón de entrada se abrió automáticamente y ambos ingresamos. El ladrido de un enorme perro se escuchaba en el patio trasero. El bigotón señor Miño nos saludó desde la puerta de la sala y nos invitó a pasar.

—¿Es el heredero del Foto Estudio? —preguntó sonriendo al verme con papá.

—Sí, es mi hijo Agustín, él me ayuda mucho, será un gran fotógrafo —respondió mi papá con los pulmones hinchados de orgullo.

Los dos gemelos bajaron curiosos y al entrar a la sala ambos patearon intencionalmente mis canillas.

—¡Felipe, Alejandro! ¡No molesten al niño! —dijo el padre y yo tuve ganas de agradecer

su propósito pero, además, agarrarle de las orejas, darle un sacudón y gritarle «¡Ya-no-soy-un-ni-ño!, señor bigotón».

También llegaron la madre, la abuela y una tía, y comenzaron a revisar las fotografías entre risas, comentarios y expresiones dulzonas tipo «Ahhhhh», «Uuuuyyyy» o «Mmmmm».

Un minuto después, el señor Miño le entregó un cheque a mi papá y le agradeció por su buen trabajo y puntualidad, yo pensé que nos despediríamos sin conocer a Alegría, pero mi suerte cambió cuando escuché sus pasos bajar por la escalera. Supe que era ella porque preguntó:

—¿Llegaron las fotos de mi fiesta?

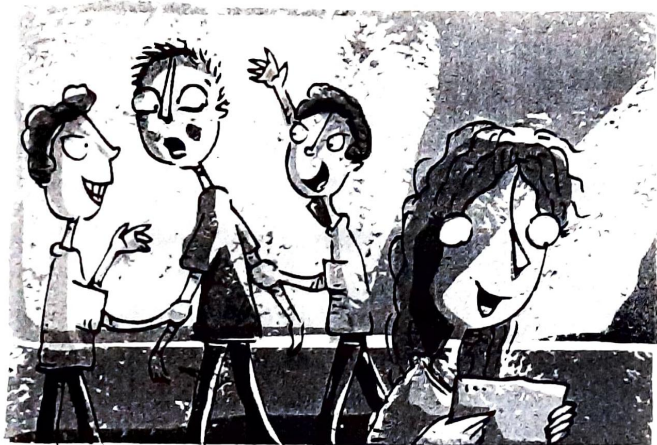
Como en cámara lenta vi su figura descender y llegar hasta la sala, mi boca se abrió sola, como si estuviera lista para tragarse una pelota playera. Cuando estaba a punto de acercarse a nosotros, el padre comentó:

—Las fotos han quedado muy bien, siéntate para que las veas.

Todos los asientos de la sala estaban ocupados, así es que el padre dijo:

—Felipe, Alejandro, lleven al niño a jugar arriba mientras nosotros miramos las fotos.

Con lo de «el niño», claro, se refería a mí. Los simpáticos gemelos agarraron mis brazos y, prácticamente, me arrastraron a su cuarto de juegos. Alegría ni me miró.



Durante diez minutos estuve encerrado en el cuarto de los gemelos soportando su tortura. Uno de ellos intentaba clavarme la espada de Darth Vader en los ojos, y el otro quería cortarme las uñas con su regla de filo metálico. Yo no dejaba de pensar en la linda Alegría, que estaba abajo, en la sala, ignorando mi presencia.

Al rato escuché el grito salvador de mi papá anunciando que ya debía despedirme.

Cuando bajé la sala estaba vacía, el bigotón y mi padre estaban cerca a la puerta, nos despedimos y así salí de esa casa con rabia. Sin Alegría.



Capítulo 9

Después de dos semanas de ocultar la foto, decidí enseñársela a Clara porque necesitaba una confidente, alguien a quien contarle mi secreto sin temor a que lo revelara. Clara podía ser muy extraña pero era mi mejor amiga y una guardiana segura de secretos.

—Tonto, te has enamorado de una cartulina —dijo con ironía.

—No, Clara, yo no estoy enamorado de una cartulina, sino de ella... ¿La ves? Es muy linda, ¿no crees?

Clara miró de nuevo la foto, arrugó la nariz como si estuviera mirando la imagen de una lagartija, y dijo:

—O te hacen falta lentes o necesitas una cirugía reconstructiva para tu sentido del gusto.

Caminamos en silencio rumbo al quiosco de las empanadas que se colocaba cada tarde junto al parque central y entonces le dije:

—Se llama Alegría.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?!

—Sí, está en mi colegio. La conozco.

—¿Eres su amiga? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No soy su amiga, Agustín, la conozco porque la veo todos los días en el colegio, pero nada más. Sé que se llama Alegría porque el año anterior fue la madrina del equipo de voleibol y yo soy parte de ese equipo.

Compramos dos empanadas de queso y seguimos charlando. Es curioso, en Corazón existe un quiosco que se llama «Churros, solo Churros y nada más que Churros S.A.», pero si uno va a cualquier hora del día y pide un churro, la vendedora dice: «Lo siento, no tenemos, pero las empanadas de queso están muy buenas» y tiene toda la razón.

Yo quería saber todo de Alegría, pero Clara me estaba soltando su verdad por cucharaditas. Le conté los antecedentes para que ella se alivianara un poco:

—Conocí su casa hace dos semanas, cuando mi papá me pidió que lo acompañara a entregar

las fotos de la fiesta de quince años; estuve a punto de saludarla pero no resultó. Su padre, un señor enorme y musculoso, mandó a sus hijos a que me invitaran a jugar en su cuarto y con eso alejó de mí a Alegría.

—¿Hizo fiesta rosada? ¿Se puso vestido rosado? ¡Qué asco!

En un intento por salvar la imagen de Alegría le dije:

—Bueno, era un rosado que parecía azul y el vestido aparentaba ser pantalón... la verdad es que no se veía tan mal.

—¡No existe un rosado que parezca azul, ni un vestido de quinceañera que sea pantalón, Agustín!, no inventes tonterías. El rosado es rosado... como el color de los cerditos bebés. Pero bueno, ¿qué vas a hacer ahora?, ¿qué pretendes?

—Quiero conocerla, desde que descubrí y robé esta fotografía no he dejado de pensar en ella. La tengo grabada en mi cabeza.

—¿Y para qué quieres conocerla? ¿Te has puesto a pensar que podría ser una bruta? ¿Una cursi superficial? ¿Una socia del Club de admiradoras de Barbie? Además, es mayor que tú, tiene quince y tú doce.

—¡Sí, pero cumpliré trece en dos meses! Dos años de diferencia no son demasiados.

—No, pero me late que ella no es de tu tipo, Agustín.

—¿Cómo lo sabes? Tú no eres su amiga, apenas la has visto en el colegio. Es más, si de veras fueras mi amiga, me ayudarías para que nos conociéramos.

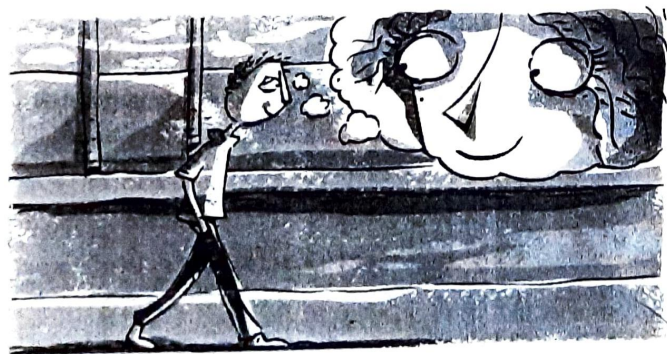
—Yo soy tu amiga, tonto, pero me parece peligroso que alguien que te gusta en una foto pueda también gustarte como persona. Las cosas no siempre son así. Yo a menudo salgo horrible en las fotos... y soy una buenísima persona.

—Sé que eres una buenísima persona y por eso me vas a presentar a Alegría. Anda, dime que sí.

Clara terminó de masticar su último pedazo de empanada, arqueó sus cejas en un gesto reflexivo y me dijo:

—Está bien, pero lo haremos a mi manera. Déjame que lo planifique y te daré instrucciones.

Nos despedimos al llegar a su casa y luego volví caminando a la mía; durante todo el trayecto sentí los ojos verdes de Alegría grabados en mi memoria.



Cuando llegué encontré a mi papá arreglando el archivo de fotografías en el computador. Él ya no guardaba tiras de negativos sino documentos digitales que podían almacenarse sin ocupar espacio en los cajones del Foto Estudio.

Papá me miró de reojo y con seriedad preguntó:

—¿Qué tal todo?

71

—Bien.

—¿No tienes nada que contarme?

—No, papá.

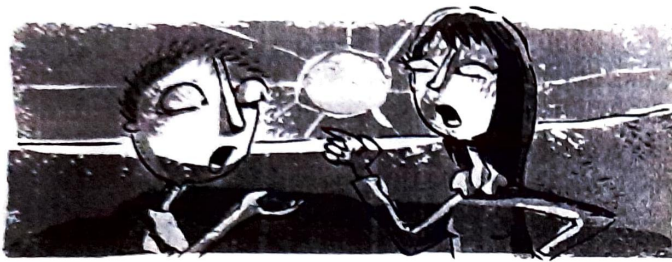
—¿Seguro?

Lo dijo con tal firmeza que traté de sacudirme para entender el sentido de su interrogatorio. ¿Se había dado cuenta del robo de la fotografía? ¿Me estaba preguntando cómo iba en el colegio? ¿Quería que le hablara de mi mamá? ¿Se había enterado ya de la existencia de Adolfo?

Me puse nervioso sin poder comprender su curiosidad y contesté rápidamente:

—No tengo nada que contarte, me voy porque tengo que estudiar.

. Subí a mi cuarto, me tumbé en la cama mirando el techo y preferí pensar en Alegría... pude haber elegido pensar en papá, en mamá o en ese Adolfo cuya existencia me perturbaba, pero decidí que, en adelante, ocuparía mi memoria con pensamientos propios.



A la mañana siguiente, Clara pasó por mi casa antes de ir al colegio, me llamó con un silbido de albañil y bajé corriendo.

—¿Qué ocurre?

—Nada, que ya he diseñado el plan, necesito que escribas una nota para Alegría y yo se la entregaré en el colegio. Seré tu mensajera oficial, le daré tus cartas y aprovecharé para hablarle de ti, así ella podrá ir descubriéndote de a poco y, dependiendo de las cosas que le digas en tus mensajes, ella irá acumulando curiosidad y ganas de conocerte. ¿Cómo lo ves?

—¿Una nota?! ¿Ahora?! ¿Pero qué le digo?

—¡No lo sé, Agustín! Eso ya es asunto tuyo. Si quieres ser un galán de telenovela, tienes que comenzar a asumir tu papel. Te doy un día de plazo, mañana pasaré por aquí antes de ir al colegio y me llevaré tu carta.

Clara extendió su puño contra el mío, como un código de traspaso de energía, y con eso se despidió.

Yo comencé a padecer mi nuevo papel de galán de telenovela, aunque en realidad me sentía como cucaracha tímida en una película de James Bond. ¿Cómo rayos se escribe un mensaje para enamorar a una chica?



Capítulo 10

A menos ya tengo algo muy claro... en el futuro no seré escritor. Lo mío sigue siendo la cirugía-fotográfica.

Durante todo el día pasé llenando hojas con tachones sin lograr un solo párrafo que mereciera la pena:

«Estimada y dulce quinceañera de nombre Alegría...», «¡Hola, Alegría! Qué alegría me da escribirte Alegría», «Hola, te escribo para que seamos amigos, chao».

A mediodía decidí escribir un mensaje desesperado al celular de Clara:

—¿Y si mJOR la llamo y me preCnto x tlefono? No C m ocurre nada para escribir.

— ¡No!

— ¿X q?

— Xq aún no kmbias d voz... C T nota q tienes doce.

Clara tenía razón, mi voz continuaba siendo la de un niño (incluso a veces parecía la de una niña), a pesar de que mis ideas y mis hormonas ya estaban haciendo de las suyas. Imaginé que una quinceañera no tendría demasiado interés en conocer a un chico de doce, salvo que ese «doceaño» fuera maduro y simpático como yo.

Volví al cuaderno y entonces escribí mi primer borrador, traté de ser maduro e interesante:

«Hola, Alegría, ¿cómo estás? Yo soy...».

Ese fue mi primer tropiezo, ¿debía colocar mi nombre real? Corazón es un pueblo relativamente pequeño, y hace veinte años el gobernador estableció un reglamento en el que se prohíbe que dos personas lleven el mismo nombre; ese gobernador pensaba que vivir en un lugar donde ningún nombre se repitiera sería un gran atractivo turístico. El problema surgió cuando se terminaron todos los nombres conocidos y la gente tuvo que comenzar a bautizar a sus hijos con los nombres de las cosas, de los sentimientos, de las marcas de ciertos productos, etc. Yo tengo un compañero que se llama Volkswagen Martínez; una prima que se llama Colchoneta Maldonado

y un amor platónico que se llama Alegría Miño. Clara tiene una prima que se llama Yema. Mi papá pudo bautizarme con el nombre de Agustín, porque justo el día en que yo nací, el nombre quedó vacante porque el zapatero Agustín Calle murió de fiebre amarilla.

Si en la carta que le escribía a Alegría hubiera colocado mi nombre verdadero, ella no habría tardado en identificarme.

Corazón es un lugar tan pequeño que toda la gente se saluda en las calles; si una señora se compra un vestido verde, la noticia se publica en El Diario de Corazón, se discute en las reuniones familiares y se comenta a la salida de la iglesia. Casi todos los habitantes saben, o creen saber, lo que ha ocurrido en las casas de sus vecinos.

Cuando mis padres decidieron separarse, intentaron ser discretos pero de nada sirvió. Dos días después llegó el cartero a dejar algunas facturas y al entregarlas le dijo a Valeria: «Supe que tus padres se han separado por causa de infidelidad, ¿es cierto eso?». Y Valeria que siempre ha tenido el dulce temperamento de un alacrán le respondió en voz bajita, como si le estuviera contando un secreto:

—Sí, se separaron porque a mi papá le dijeron que mi mamá está saliendo con el cartero, entonces mi papá compró un serrucho y ha prometido que cuando lo vea lo va a rebanar y a convertir en hamburguesa.

El cartero salió corriendo y nunca más se atrevió a comentar nada.

Es que Corazón es un pueblo curioso... mi mamá suele decir que en lugar de Corazón debería llamarse Lengua.

Cuando me enfrenté al dilema de confesar, de entrada, mi nombre en la carta, encontré una solución que me dejó muy satisfecho: utilizaría un seudónimo; es decir, un nombre inventado o una identificación ficticia. Los grandes artistas han utilizado seudónimos, ¿por qué no habría de hacerlo yo?

Luego de dar vueltas y vueltas al tema se me ocurrió un buen seudónimo: Camaleón... por los cambios repentinos de color de mis mejillas. Fue así que comencé a escribir:



«Hola, Alegría:

Desde hace algún tiempo quería escribirte. Tú no me conoces, quizá alguna vez me has visto pero nunca nos han presentado, por eso he decidido ser yo mismo quien se presente. Por ahora no te confesaré mi nombre, perdóname por eso, pero por un tiempo será mejor que solo me identifiques por mi seudónimo, puedes llamarme Camaleón.

Nací en Corazón, muy pronto cumpliré quince años, no soy alto ni bajo, mi piel es un poco pálida, tengo los ojos negros y el cabello castaño. Por ahora solo diré a mi favor que soy una buena persona.

Supe, y no me preguntes cómo, que hace poco fue tu fiesta de quince años. Además, que llevabas un vestido y un peinado muy bonitos. Me habría gustado mucho estar ahí, pero claro, tú no me conoces, cómo habrías podido invitarme si no somos amigos.

¿Bailaste mucho en tu fiesta? ¿Te tomaron fotos?

Sé que tienes dos hermanos menores, gemelos. Yo solo tengo una hermana mayor. No me llevo muy bien con ella ¿sabes? Es que le encanta pelear conmigo. A mí me gustaría tener un gemelo, sería como andar siempre con un espejo. Me agrada-
ría conversar con alguien igual a mí, que sintiera las mismas cosas que yo y se hiciera las mismas preguntas.

¿Sabes qué es lo que más me apasiona en el mundo? El mar. Es que cuando uno vive rodeado de montañas a veces se siente encerrado, ¿has tenido esa sensación? En cambio, el mar está siempre abierto y a mí me dan muchas ganas de subirme a un barco y viajar. Las montañas son muy bonitas, pero no te dejan ver lo que está al otro lado.

Me gustaría mucho que fuéramos amigos, Alegría.

Si no te molesta, te seguiré escribiendo. He encontrado una persona que se ha ofrecido a entregarte mi carta, es Clara, una buena amiga que está en tu colegio; si puedes y quieres responderme, por favor habla con ella.

Ahora te dejo y te deseo que tengas un día muy alegre, como tú.

Tu amigo,

Camaleón».



Capítulo 11

La mañana siguiente, tal y como lo habíamos acordado, Clara pasó por casa y le entregué la carta. Ella, sin el menor disimulo, agarró el sobre, lo abrió y comenzó a leerla.

—¡Oye! ¡Esa carta no es para ti! —le dije un poco molesto.

—Ya lo sé, tonto, solo estoy haciendo control de calidad. Reviso tu carta para ver si tiene los ingredientes necesarios para atraer la atención de una chica.

Ella terminó de leer y no pude evitar preguntarle:

—¿Está bien?

—Bueno, no es lo que se diría un poema clásico, pero se defiende. Solo encuentro un problema, aquí dices que pronto cumplirás quince, eso es mentira... tú vas a cumplir trece.

—No es mentira, Clara, todo depende de la perspectiva del tiempo. Cuando digo que pronto cumpliré quince me refiero a dentro de dos años. ¿Qué son dos años para toda una eternidad? Si comparas dos años con la edad de la Tierra... son un suspiro.

—Ojalá ella lo entienda así. Escucha bien, hoy buscaré a Alegría en el recreo y le entregaré el sobre. Le diré que he prometido guardar en secreto tu identidad pero que me ofrezco como mensajera por si ella quiere responderte, ¿de acuerdo?

—Está bien. Pero por favor tienes que contármelo todo, sus gestos, sus palabras, sus preguntas, ¡todo!

Clara se fue corriendo al colegio y yo quedé con un extraño sentimiento de miedo y emoción en el pecho. ¿Cómo tomaría Alegría mi carta? ¿Le parecería tonta o aburrida? ¿Sentiría curiosidad? ¿Me respondería?

Estaba un poco aturdido con todas esas dudas cuando un auto se detuvo frente a mí y desde el interior una voz conocida me dijo:

—¿Vas al colegio, Agustín? ¿Quieres que te lleve?

Volteé a ver y me di cuenta de que se trataba de Adolfo, el amigo de mamá. Un poco nervioso le respondí:

—Bueno, no sé, el colegio está aquí cerca, siempre voy caminando, no se preocupe.

—Vamos, ahórrate la caminata, te llevo en el auto.

Yo quise insistir en que no quería, que no era necesario, pero Adolfo tenía toda la intención de esperar hasta que yo cambiara de opinión.

Miré el reloj y eran casi las ocho de la mañana, la hora en que papá abre la puerta del Foto Estudio. Yo estaba parado afuera de casa, sin querer subir al auto de Adolfo, sintiendo el pánico de que mi padre saliera y me descubriera.

Al rato, y con puntualidad, escuché que desde el interior mi padre quitaba las seguridades de la puerta metálica y entonces subí apresurado al auto.

—Estás nervioso —dijo Adolfo— ¿te pasa algo?

—No, nada —respondí atropelladamente— por favor, vamos pronto que me atraso.

Adolfo arrancó y comenzó a hablar:

—¿Sabes, Agustín? Me gustaría mucho que fuéramos amigos, salir por ahí a ver un partido de fútbol o que nos acompañaras a tu madre y a mí en uno de los paseos que solemos dar por el campo.

Mi mamá paseaba con él fuera del pueblo, sentí una inmensa rabia cuando lo supe. No sé

explicarlo bien, pero aunque siempre he querido que mis padres sean felices... me costaba mucho asumir que cada uno pudiera hacer su vida con otra persona.

—No me gusta el campo —le dije.

—Tal vez podríamos ir a la playa, a Mariana le encanta.

Yo sabía que mamá se había ido a la playa, me lo había dicho, pero en aquella ocasión pensé que se trataba de un paseo del dispensario donde ella trabaja.

—Tampoco me gusta la playa, en realidad a mí no me gusta salir de paseo. Gracias.

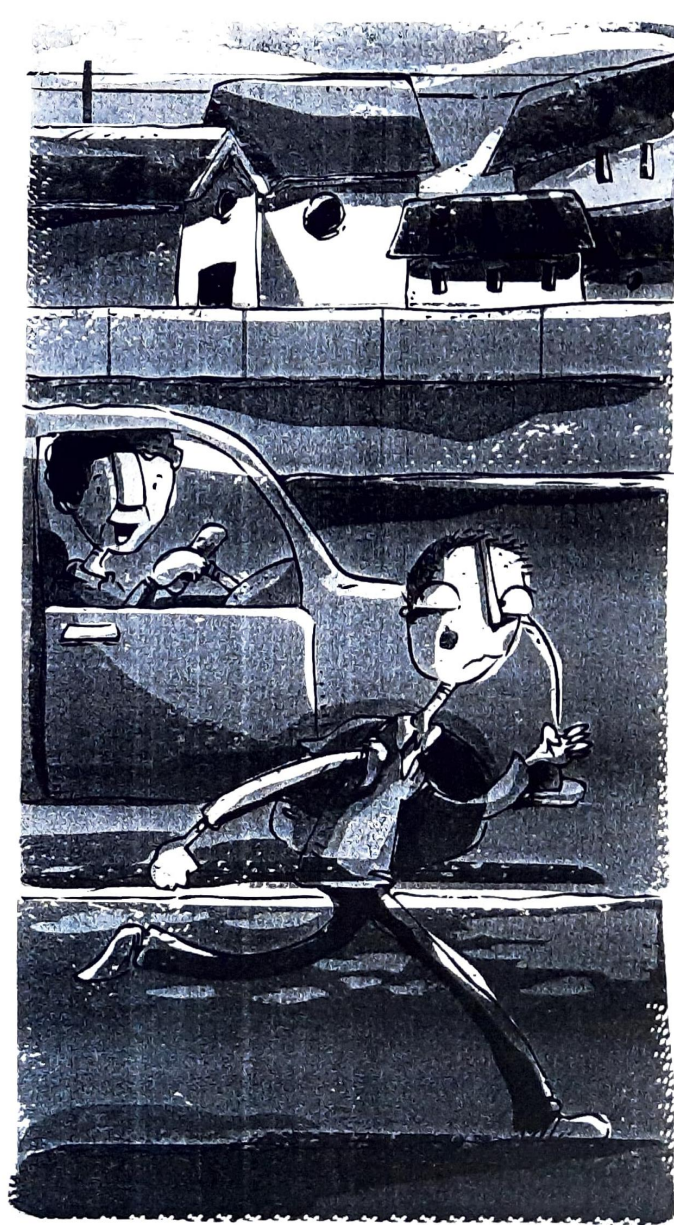
El resto del camino Adolfo y yo permanecimos en silencio. Cuando llegamos al colegio me bajé al apuro y agradecí.

—Muchas gracias, señor, hasta pronto.

—No me digas señor, llámame Adolfo, total... somos como de la familia.

Cerré la puerta y me fui corriendo.

Yo no deseaba que Adolfo fuera parte de mi familia, no quería saber que él y mamá se iban juntos a la playa o al campo. A pesar de que era capaz de entender que mis padres tenían derecho a reconstruir sus vidas y enamorarse de otras personas, anhelaba que Adolfo se convirtiera en el hombre invisible y desapareciera para siempre.



A la salida del colegio, por la tarde, hacía un calor insoportable. Mi amigo Ángel y yo íbamos charlando sobre el partido del domingo en el que Deportivo Corazón ganó 2 a 0 a Atlético San Ignacio. Ángel era el hijo del periodista deportivo de la radio del pueblo y por eso tenía la información precisa de cada partido y, además, en ciertas ocasiones conseguía entradas gratis para los partidos y me invitaba. Nos detuvimos en la esquina y, sorpresivamente, volví a escuchar que el auto de la mañana se detenía junto a nosotros y Adolfo decía:

—¡Hola, Agustín!, qué coincidencia, otra vez nos encontramos. Voy al norte, ¿quieres que te lleve?

Me sentí furioso y avergonzado, pero no quise que Ángel se diera cuenta de nada. Uno no quiere que los amigos se enteren de ciertas cosas.

—No, muchas gracias, prefiero caminar con mi amigo.

—Pero también puedo llevar a tu amigo a su casa, vamos, suban.

Ángel, que era un perezoso, no lo pensó dos veces. Abrió la puerta de atrás y subió al auto.

—¡Qué suerte, señor!, justo Agustín y yo hablábamos del calor insoportable.

—¿Quieren que los invite a un helado?

—preguntó Adolfo.

—«Sí». «No». —Respondimos al mismo tiempo Ángel y yo.

—Está bien, vamos entonces por un helado —dijo Adolfo haciéndose el simpático.

Pasamos por la heladería y Ángel seguía con su charla acerca del partido del domingo, yo permanecía en silencio sumido en una terrible incomodidad.

Adolfo nos trajo dos copas grandes de helado y Ángel dijo:

—¡Gracias! Qué buena gente es tu tío, Agustín.

—¡No es mi tío! —me apresuré a decir—. ¡Este señor no es mi tío! ¿Has entendido? ¡Él no es nada para mí!

Adolfo sonrió discretamente y agregó:

—Agustín tiene razón, yo no soy su tío, yo soy...

—¡Un amigo de la familia! —interrumpí— es un amigo de mis abuelos.

Ángel no pareció enterarse de nada, luego de terminar el helado pasamos por su casa, lo dejamos y después nos dirigimos a la mía.

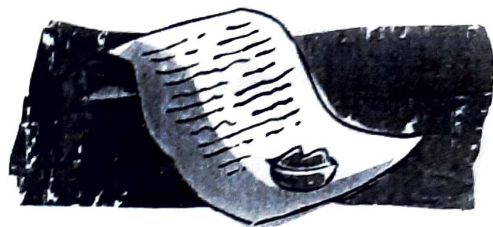
Fue horrible, media cuadra antes de llegar me di cuenta de que papá estaba ahí, parado en la puerta esperando por mí. Sentí que me convertía en una estatua, cuando el auto se acercó y él se percató de que Adolfo y yo veníamos juntos, nos lanzó una mirada como un

dardo paralizante; Adolfo hizo como si no lo hubiera visto. Antes de que el auto se detuviera por completo, abrí la puerta y bajé sin decir gracias ni adiós.

Miré a papá con miedo, con tristeza, como si hubiera hecho algo malo, como si lo hubiera traicionado.

—¡Entra! —me dijo con evidente rabia— te he dicho que no hables con extraños —y durante la tarde no volvió a dirigirme la palabra.

Lo peor no era que papá se hubiera enojado conmigo, creo que habría preferido un regaño, incluso un castigo, así me hubiera sentido mejor. Pero lo peor era su silencio.



Capítulo 12

—¡Te respondió! —me dijo Clara mientras sonreía con picardía y se abanicaba con un sobre blanco.

—¡Dámelo! ¡Por favor, dame ese sobre!

Ella comenzó a corretear esquivándome, pero ya mi poca paciencia estaba a punto de desaparecer.

—¿Qué te dijo, Clara? ¿Estaba emocionada? ¿Furiosa? ¿Indiferente?

—Estaba tranquila, al entregarle la carta le dije que un amigo, muy especial, un admirador secreto, me había pedido que le hiciera llegar ese sobre, y que no insistiera, porque yo no podía confesar su nombre.

—¿Se emocionó?

—¿La verdad? No mucho. Cuando le di la carta no puso cara de ¡Gracias, Dios, por este hermoso milagro! Por su indiferencia casi llegué a pensar que tiraría la carta a la basura. Pero hoy, cuando me dio su respuesta para que te la entregara se veía un poquito contenta.

—¿Solo un poquito?

—¡Claro! ¿Qué querías? ¿Que se enamorara de ti por unas cuantas líneas escritas con mala letra?

—Bueno... ¡dame el sobre!

—¡No tan rápido, Agustín! Te lo daré con una condición.

—¿Qué condición?

—Mmmmmm...

—Mmmmm. ¡¿Qué?! ¡Me estás rompiendo los nervios!

—Quiero que me prestes «la poderosa».

—¡Pero eso es imposible, Clara! Mi papá me mataría si saco su cámara del estudio. Ya sabes que le costó un dineral, es su tesoro máspreciado, además me tiene absolutamente prohibido acercarme a la cámara cuando él no está.

—Esa es la condición, Agustín, mi perra Matilde ha tenido una cachorrita y quiero hacer una sesión fotográfica con ella.

—Pero puedes usar otra cámara, tu papá tiene una digital que funciona bien. Si le

llegara a pasar algo a «la poderosa», tú y yo tendríamos que huir al Polo Norte. Mi papá nos perseguirá hasta el fin del mundo y luego nos arrancaría los ojos.

—No pasará nada, Agustín, te lo aseguro. No seas miedoso, yo he visto a tu papá cómo la maneja, sé que podré hacerlo. No tiene que ser hoy, pero sí en el transcurso de este mes. La perrita se quedará en casa solo durante estas semanas. ¿Qué me dices?

Clara continuó abanicándose con la carta que me había escrito Alegría, como desafiándome.

—No, Clara, «la poderosa» no. No me pidas eso, por favor.

Clara tomó el sobre con sus manos e hizo como si estuviera lista para romperlo por la mitad.

—¡No lo rompas! ¡Espera!

—¿Me prestarás «la poderosa»?

—Está bien, Clara, pero no ahora, encontraré el momento y te la prestaré. Pero te lo suplico, dame la carta.

Ella extendió su mano y yo se la quité. Me despedí con prisa y entré a mi casa con los nervios en la boca, entretanto Clara me gritaba: «Ya sabes cuál es la condición».

Cerré la puerta de mi cuarto, saqué la foto de Alegría del cajón para mirarla mientras leía su carta y entonces, con las manos temblorosas, abrí el sobre, ahí decía:

«Hola, Camaleón:

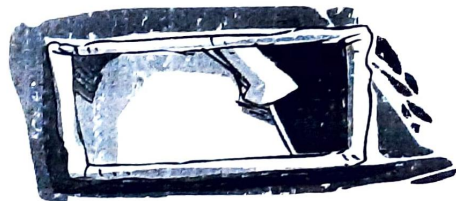
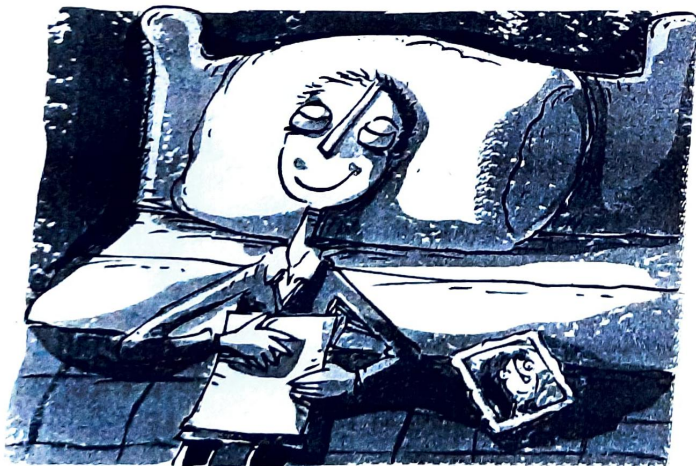
Nunca me había ocurrido esto. Nadie, jamás, me escribió una carta tan misteriosa. La primera duda que tuve fue si debía asustarme. Me pregunté: ¿Será Camaleón un sicópata? ¿Será un asesino en serie?

Espero que no lo seas. Dices que eres una buena persona y quiero creer que es así. Pero en cualquier caso te anticipo que mi papá mide 1,90 metros, pesa 100 kilos y fue campeón interprovincial de box.

No creo justo que tú me conozcas y yo a ti no. Al menos deberías darme una pista para que estuviéramos en iguales condiciones.

¿Por qué me escribes? ¿Por qué no buscas una forma más normal de acercarte? Yo no muerdo, ¿sabes?

Alegria».



Capítulo 13

91

«Hola, Alegria:

Lo primero: No soy un sicópata ni un asesino en serie. Soy un tipo muy normal, salvo porque nací con tres orejas (no, tranquila, estoy bromeando). ¡Dices que no muerdes! Vaya, esa es una muy buena noticia. A lo largo de mi vida me han mordido varias alimañas: un conejo, un hámster, mi hermana mayor, un caballo y una gallina. Por cierto, lo de la gallina suena un poco raro, pero te puedo asegurar que me dejó marcadas en la piel las huellas de sus colmillos, ¿sería el chupacabras? Una vez me mordió un perro callejero, yo tenía ocho años, mi papá me llevó a un centro de salud y durante quince días estuvieron pinchándome alrededor del ombligo. Mi barriga parecía un alfiletero.

Te escribo porque me gustaría que fuéramos amigos. No preguntes cómo pero creo que conozco algunos aspectos de tu vida y, aunque nunca hemos hablado, me late que tenemos cosas en común... Siempre podría encontrar otra forma de acercarme a ti, eso es cierto, dame un tiempo y te aseguro que nos conoceremos en persona.

Creo que tienes razón, sería justo que tuvieras algunas pistas sobre quién soy y cómo soy, por eso se me ha ocurrido enviarte en esta carta, y en las siguientes, algunas fotografías de ciertas partes de mi cuerpo, así tú podrías ir juntándolas como en un rompecabezas, hasta dar con mi imagen completa, ¿ingenioso, no? Hoy comenzaremos con mi nariz. Modestia aparte podrás apreciar que tengo una nariz de modelo: pequeña, proporcionada y con la forma perfecta. Mi mamá dice que si vendiera mi molde podría hacerme millonario.

Por suerte saqué la nariz de mi madre, porque si hubiera heredado la de mi papá habríamos tenido que vender el auto para pagar mi cirugía estética. La nariz de mi papá es tan grande que a veces dice: «Ya salió el pan del horno». Y eso quiere decir que ha percibido el aroma del pan... ¡de la panadería que queda a tres cuadras!

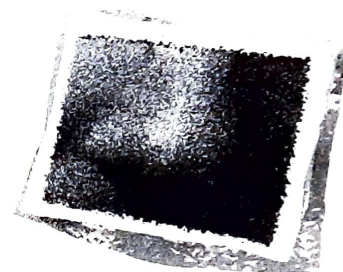
Bueno, ahora tengo que dejarte, algunos amigos y amigas me están esperando porque esta noche tenemos una fiesta. Yo no quería ir porque estoy cansado, pero ellos insistieron, dicen que sin

mí no hay fiesta, es que soy muy bueno bailando, ¿sabes?

Alegría, ojalá puedas escribirme.

Chao.

Camaleón».



—¡Insoportable! —dijo Clara.

—¿Por qué? Yo creo que la carta me quedó muy bien.

—¡Eres insoportable, vanidoso y presumido! ¡Este no eres tú, Agustín! ¿Guapo? ¿El rey de las fiestas? ¿Naricita de top model? ¡Por favor...! El día en que Alegría te conozca, frente a frente, se dará cuenta de que le has mentido y ese sí que será el papelón de tu vida. No entiendo, Agustín, ¿qué pretendes?

—Quiero gustarle, Clara, deseo que Alegría se enamore de mí.

—¡Pero ese no eres tú!

—Es cierto, pero tal vez con el tiempo pueda cambiar un poco, es posible que llegue a dejar de lado mi timidez y que, cuando ella me conozca, efectivamente yo sea «el rey de las fiestas».

—Está bien, de acuerdo, yo creo que tú podrías llegar a ser más seguro y expresivo. ¿Pero y lo guapo? Una cosa es retocar fotografías, Agustín, pero no puedes retocar la realidad. ¿Cómo harás cuando debas enviar las demás piezas de ese «rompecabezas»?

—¿Te parezco muy feo?

—Mira, yo soy tu amiga y no puedo engañarte, no eres el dinosaurio Barney, pero tampoco eres el nuevo símbolo sexy de la temporada.



—Entiende algo, Clara, si le escribo una carta a la chica más linda de Corazón y, de entrada, le digo que tengo un par de ojos que se me salen de la cara, que soy más tímido que una avestruz, que tengo la piel blancuzca como un papel bond, que nunca he ido a una fiesta, que mi corte de cabello estuvo de moda en 1950 y que bailo como mi papá... ella romperá la carta y no querrá saber nada de mí.

—Sí, en eso tienes razón, pero mentir puede ser muy arriesgado. Mi abuela dice que cuando la verdad y la mentira se pelean, es posible que la mentira se crea la triunfadora durante un tiempo, pero, tarde o temprano, la verdad terminará aplastándola como a una mosca asquerosa.



—¡Qué dramática tu abuela!

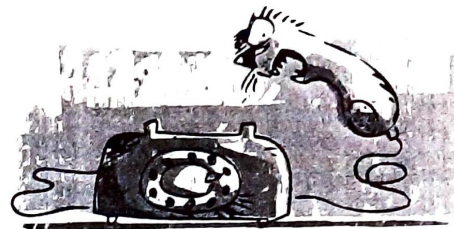
—Sí, la verdad es que es un poco trágica. Pero bueno, luego no me digas que no te lo anticipé. Por cierto, ¿ya me tienes noticias sobre «la poderosa»? La cachorrita ya comienza a mover la cola, ¡está divina!

—Sí. Tengo un plan, aunque se me pone la piel de gallina de solo imaginarlo. Hace unos días escuché a papá hablar con sus primos que viven en Cerro Verde, harán una reunión familiar que durará todo el próximo fin de semana y mi papá confirmó que irá.

—Pero, Agustín, si es una reunión familiar él de seguro llevará su cámara preferida.

—No. Llevará la antigua, lo sé, no pondría en riesgo a «la poderosa» ¡tiene que viajar en bus! Ese fin de semana me toca pasarlo con mi mamá, yo podría sacar la cámara y entregártela después de que mi papá se vaya, inventaré un pretexto para quedarme en casa y esperaré a que tú me la traigas de vuelta para que bajemos las fotografías a la computadora. No podemos dejarlas en la memoria de la cámara, porque él se daría cuenta de todo. Pero por favor, por favor, por favor, por favor, Clara, tienes que cuidarla mucho. Prométeme que la cuidarás como a tu vida.

—Prometido. Dame la carta para Alegría, se la entregaré hoy mismo.



Capítulo 14

97

Después de que papá vio que llegué a casa con Adolfo, no me habló durante tres días. No parecía molesto conmigo, era peor, se veía triste y tenía miedo de que se sintiera decepcionado de mí.

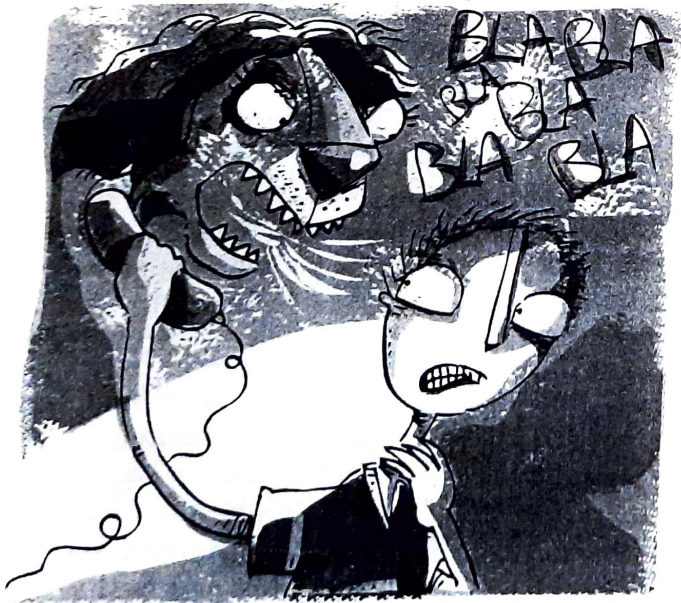
Yo intentaba plantear temas de conversación a la hora de la comida o cuando estábamos mirando la tele, pero de nada servía. Él me contestaba con dos o tres palabras y se quedaba otra vez en silencio.

Lo peor fue cuando mamá llamó por teléfono a casa y contesté, ella comenzó a regañarme porque Adolfo le comentó que yo casi no había

hablado durante el trayecto de la escuela a la casa y me había bajado del auto sin siquiera despedirme.

—¿Dónde están tus modales, Agustín? Adolfo se ofrece gentilmente a llevarte hasta la escuela y luego de vuelta a casa, y tú ni siquiera agradeces, además te quedas callado como si fueras mudo. ¡¿Qué te está pasando?! Francamente no entiendo la educación que te está dando tu padre, ¡he quedado fatal por tu culpa!

Mientras mamá me decía todo eso, yo tenía a papá muy cerca y eso me impedía dar explicaciones. Si él se daba cuenta de que mamá me reclamaba por el comportamiento que tuve con su amigo, habría explotado como una bomba.



—Sí, claro, entiendo, lo siento, no volveré a pasar, mamá.

—La próxima vez que veas al tío Adolfo quiero que le pidas disculpas y le prometas que no volverá a ocurrir, ¿entendiste?

—Sí, mamá, se lo diré.

Al colgar sentía mucha rabia... me regañaban por todos lados. Papá me prohibía hablar con Adolfo y mamá me reclamaba por no ser más amable con él. Qué pocas ganas tenía de volver a ver a Adolfo. Aunque mamá me lo pidiera, jamás podría llamarlo tío.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué te disculpas con tu mamá? —preguntó mi padre.

—No es nada, olvidé el cumpleaños del abuelo y me estaba diciendo que debería llamarlo, lo veo tan poco y además no recuerdo la fecha de su cumple.

Papá se acercó a mí, transcurridos tres días de silencio y dijo:

—Sé que esto es difícil para ti, pero algún día lo entenderás, Agustín, tu madre se equivocó al irse de casa, todo esto es culpa de ella. Lo tenía todo aquí, pero poco le importó destruir a la familia.

Yo llevaba cuatro años escuchando a mi papá decir que mi mamá era la culpable de todo. Sí, él decía «de todo», sin especificar, sin aclarar si estaba hablando solamente de su divorcio o del calentamiento global y la pobreza en África: «Si tu mamá no hubiera sido tan

egoísta, tan ambiciosa; si hubiera sabido dar a la familia el lugar que merecía, ¡pero no, tenía que salirse con la suya! Ya lo entenderás algún día, ella es la culpable de todo... de todo».

Mi mamá, en cambio, intentaba mostrarse más discreta pero no perdía oportunidad para usar frases irónicas sobre papá: «Claro, con lo comprensivo y generoso que es tu padre», «yo no he conocido a ningún hombre más abierto y considerado que tu papá, qué va, ¡ninguno tan tolerante como él!», «además muy respetuoso de la vida del resto, ¡está lleno de virtudes!».

Para mí no era agradable escucharlos en ese plan. Algunas veces creía que a Valeria no le importaba, pero un día me confesó que le dolía mucho y no le gustaba pensar demasiado en la relación de nuestros padres. «Prefiero hacerme la sorda, Agustín, porque si les pongo atención a cada uno... voy a terminar loca. Yo he vivido con mi mamá todos estos años y siempre la he escuchado decir que el malo de la película ha sido mi papá. Incluso, llegué a creer que eso era cierto y me enojé mucho con papá por largas temporadas, ¿lo recuerdas?; bueno, también lo he escuchado a él decir que mamá es el monstruo de la laguna negra... y ahora ya no quiero prestarles mis oídos, te recomiendo que hagas lo mismo».

Yo no recordaba muy bien cómo había sido la historia de mis padres en su matrimonio, solo tenía en mente que desde la primera vez

que se separaron, cuando yo tenía ocho años, habían vuelto más de tres veces. Regresaban, se veían contentos, nos íbamos de vacaciones con sonrisas de familia feliz y al cabo de dos meses otra vez adiós. Siempre he tenido una memoria un poco desconectada, es como si mi cabeza decidiera, arbitrariamente, lo que quiere recordar y lo que quiere borrar. La historia cotidiana de mis padres, mientras habían estado casados, estaba casi olvidada y ante eso decidí que inventaría mis propios recuerdos.

Lo he hecho a menudo, y no sé si se trata de un error o una tontería, pero hay ocasiones que prefiero inventar recuerdos en lugar de averiguar cómo fue en realidad el pasado.

Quizá mis padres tenían una relación complicada, tal vez peleaban mientras Valeria y yo dormíamos, de pronto mi papá era un machista intolerante, o mi mamá una persona egoísta que quería salirse con la suya... no lo sé, no deseo averiguarlo y no quiero que nadie venga a revelarme datos desconocidos.

Intento inventar una memoria a mi antojo, prefiero decir que ellos se llevaban estupendamente bien, que se querían, que eran muy divertidos, que estaban felices siempre, que en su luna de miel se fueron a un parque de diversiones, que nunca se dijeron palabrotas, que mamá jamás lloró, que papá nunca gritó, y que se dieron muchos abrazos y besos mientras estuvieron juntos; pero un día vieron que el amor se había quedado dormido y no hubo

manera de despertarlo. Hicieron todo lo posible, lo sacudieron, le echaron agua encima, pero no lo lograron. Entonces se sentaron en la sala y decidieron vivir separados hasta cuando el amor volviera a despertar. Y eso no ha sucedido en cuatro años, y quizá ya no ocurra. Lo más seguro es que el amor no vuelva a despertar nunca.

Cuando papá se acercó a mí esa tarde para repetir su eterna frase «todo es culpa de tu madre», aproveché para decirle algunas cosas que sentía:

—No quiero pelear contigo, papá. Me cuesta hablar de divorcio. Si para ti es difícil entender que mamá y Adolfo andan juntos, quiero que sepas que para mí también lo es. Y no sé qué hacer. Hace años yo rezaba todas las noches para que mamá y tú volvieran a unirse, pero ahora ha pasado tanto tiempo que ya no creo que eso sea posible.

—¡Por culpa de tu madre!

—¡No me importa si es culpa tuya, de mi mamá o del presidente de los Estados Unidos! Yo te quiero mucho y también a mamá. No me gusta que me hables mal de ella y tampoco que ella diga cosas feas de ti.

—¡Esto sí que es increíble! ¿Qué cosas feas dice ella de mí?

No había caso... papá no entendía. A veces me daba la impresión de que él se hubiera sentido feliz si yo hubiera odiado un poquito a mi mamá.



Capítulo 15

103

«Hola, Camaleón:

Ya tengo tu nariz pegada en una cartulina, la he escondido en un cajón, se ve muy raro eso de pegar una nariz solitaria. Si mi mamá la ve, podría pensar que es una especie de brujería o algo así. Espero las siguientes piezas del rompecabezas.

¿De verdad crees que tenemos cosas en común? ¿Eres clarividente o algo parecido? ¿Cómo puedes saber eso si no me conoces? Para que no te equivoques te contaré más cosas de mí: Ya sabes que me llamo Alegría y aunque se supone que debería ser muy alegre, a veces no lo soy. Hay muchas cosas que me ponen de mal genio, como la nata que se forma en la taza de leche por las

mañanas. No la soporto, pero mi papá se empeña en que debo comérmela y me obliga a hacerlo. Yo acerco mis labios a la taza, la inclino y entonces siento que esa cosa resbaladiza y asquerosa se me queda colgada del labio superior. ¡Guácala!

104 Mi papá dice que en la vida habrá muchas cosas que me parecerán horribles y tendré que tragármelas. Ojalá sus presentimientos no se cumplan.

Tampoco me gustan las clases de Química. Repito como un loro: flúor, cloro, bromo, yodo, oxígeno, azufre, selenio, telurio... pero no sé qué rayos estoy diciendo ni para qué me servirá en el futuro aprenderme esos nombres.

En el futuro me encantaría ser actriz de teatro. No necesito saber Química para eso, ¿no crees?

Pienso que lo mejor de mí es que me gusta hablar con la gente, y lo peor es que no soy buena para bailar. Eso lo he descubierto en las fiestas de quince años de mis amigas y en la mía propia... todos los chicos que ballan conmigo tienen que soportar mis pisotones. Quizá algún día tú puedas enseñarme.

¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta? ¿Tienes novia? ¿Has tenido novia?

Bueno, le entregaré la carta a tu amiga Clara. Qué simpática es, me cayó muy bien.

Alegría».

Clara era muy respetuosa con las cartas de Alegría. Leía las que yo le enviaba, con el pretexto de ejercer su «control de calidad», pero jamás las que ella me mandaba a mí, el sobre llegaba como de costumbre perfectamente cerrado. Clara se sentaba a mi lado y esperaba a que terminara e hiciera algún comentario.

Con esta carta me quedé inmóvil y con los nervios de punta.

—¡Me pregunta si tengo novia! ¿Por qué pregunta si tengo novia? ¿Novia yo? ¿Por qué le interesa saber si tengo novia? ¿Por qué? ¿Será que quiere saber si tengo novia? ¿Debo decirle si tengo novia?

Clara me miró con gesto de asco y dijo:

—Por favor, Agustín, pareces una ametralladora cargada con la palabra novia. Deja de disparar, dame esa carta para ver qué es lo que dice.

Ella la leyó lentamente mientras yo trataba de entender lo que expresaba su rostro; Clara estaba llena de gestos y muecas, movía las cejas, entornaba los ojos, torcía sus labios, gesticulaba con las manos y solía enroscar un mechón de pelo en su dedo índice.

—¿Qué te parece? —le pregunté intrigado.

—No está mal, pensé que era más tonta... no le gusta la nata de la leche, odia la Química, baila mal y quiere ser actriz de teatro. Además

opina que soy simpática, la verdad es que es más inteligente de lo que pensé.

—Ya, pero quiero que digas qué opinas acerca de la pregunta que me hace, ¿por qué quiere saber si tengo novia?

—No te hagas ilusiones, Agustín, esa es una pregunta como cualquier otra. Es como si te dijera ¿Cuántos pares de zapatos negros tienes? o ¿Qué opinas sobre la utilidad de las rodillas? Es pura curiosidad.

—¡No lo creo! Esa pregunta tiene una razón de fondo, quiere saber si estoy disponible, si estoy libre, si ella tiene alguna oportunidad de estar conmigo. ¡Eso! ¡Ya comienza a funcionar mi plan!

—No seas ingenuo, es solo una pregunta.

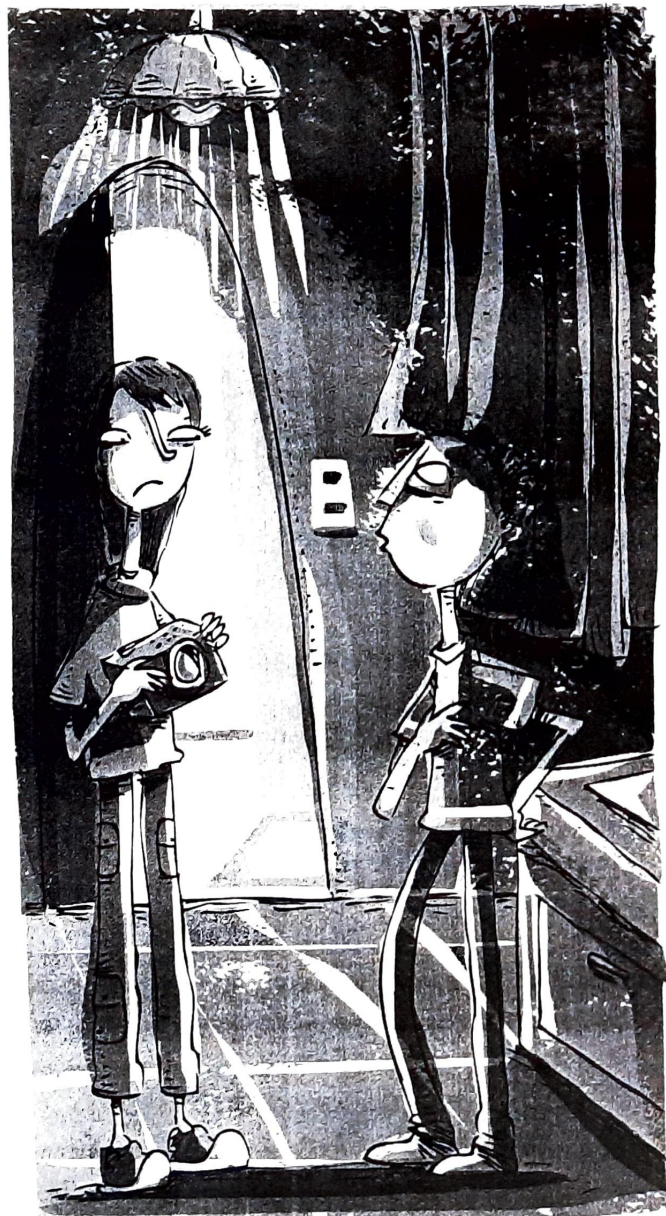
—Tengo que pedirte un favor, Clara, necesito que me saques una foto de mi boca... quiero responderle a Alegría ahora mismo y debo enviarle otra parte de mi cuerpo.

—¿De tu boca? ¡No te lo recomiendo!

—¿Por qué?

—Porque no es tu mejor parte. Tienes los labios demasiado finos, son dos líneas color rosa, de dos milímetros de espesor. Para descubrirlos hay que usar un microscopio.

—Eso no importa, Clara, porque una vez que tenga la fotografía en la pantalla podré retocarla, y haré que mis labios sean tan seductores como los de un modelo de revista.



Clara y yo entramos al Foto Estudio y luego de media hora la tarea estaba lista, en la fotografía mis labios parecían inyectados con silicona.

Más tarde me senté en mi escritorio y escribí la respuesta:

«Hola, Alegría:

Me gusta mucho que me escribas. A pesar de que siempre estoy de un lado a otro con mis amigos y amigas, en fiestas o en el cine, lo que más me agrada es recibir tus cartas.

Estoy muy conectado a ti, en serio, no sé explicarlo pero las cosas que dices me hacen sentir muy bien, como si te conociera desde hace mucho tiempo. Esto que experimento contigo no me pasa con nadie.

Yo también odio la nata de la leche, pero hay algo peor en el desayuno: a mi papá le gusta prepararse huevos tibios, apenas pasados por agua caliente. Los deja dos minutos y se los come. Yo lo veo cuando retira la cáscara, desparrama los huevos en una copa y siento que se me revuelve el estómago. Siempre le digo ¡papá, esos huevos están crudos, en cualquier momento se podrían convertir en un pollito! Pero él dice que esa es la manera más sana de comerlos.

A ti no te gusta la Química y a mí no me gustan esas clases de Lenguaje en las que la profesora

habla de la Gramática. Ayer tomaron una prueba en la que me pedían que subrayara los adverbios de modo. ¿Los conoces? ¿Sabes qué rayos son los adverbios de modo? ¿Crees que a los presidentes de la Unión Europea les importe un rábano la existencia de los adverbios de modo? ¿Piensas que el calentamiento global pueda resolverse a través de los adverbios de modo o de las preposiciones o del objeto directo? Mi profesora me lo ha explicado veinte veces y sigo sin comprender. Mi memoria es antigramatical y antiadverbiosa.

¡Te gusta la actuación! Eso me parece muy divertido. Yo en el futuro quisiera ser cirujano plástico. Es que no le tengo miedo a la sangre, ¿sabes? Cuando veo sangre no me desmayo, te lo juro. Si tú alguna vez quieres que te haga una cirugía estética, solo tienes que pedirlo y no te cobraré nada, ¡para eso estamos los amigos! Si quieres que te arregle la nariz, o que te ponga unos implantes en las... No, olvídalo, tú no necesitas de un cirujano plástico, solo lo estaba diciendo para ser amable, pero tu nariz es muy bonita, de verdad. Y el resto también.

Puedes hacer todas las preguntas indiscretas que quieras, no soy tímido, qué va, no sé lo que es la timidez. Con decirte que nunca se me han puesto rojos los cachetes.

No tengo novia.

He tenido tres en el pasado, pero ahora estoy solo.

¿Tu tienes novio?

Me imagino que sí. Una chica como tú de seguro tiene muchos pretendientes.

Ahora te estoy enviando mi boca para que la pongas en el rompecabezas de tu cartulina. Espero que aún no me reconozcas. En la próxima te enviaré mis orejas o un ojo. (¡Dios! Si alguien leyera esta carta, podría pensar que quien te escribe es Frankenstein... hoy te envío mi boca, el lunes la clavícula y el viernes te enviaré mi dedo gordo del pie).

Con mi boca te envío también un beso.

Escríbeme por favor:

Camaleón».



Capítulo 16

111

La siguiente carta me puso a temblar. Cuando terminé de leerla corrí a casa de Clara y le pedí que viniera conmigo. Nos dirigimos, sin hablar, a la plaza central y dijo:

—¡Basta! Déjate de tanto misterio y cuéntame qué rayos pasa.

—No te puedo contar, es mejor que tú leas esta carta.

Clara la abrió y lentamente leyó en voz alta:

«Hola, Camaleón:

A mí me pasa lo mismo que a ti, al recibir tu carta me pongo súper contenta, olvido todo y siento como si lo único que existiera en el mundo fueran tus palabras.

Gracias por tu boca, me he quedado mirándola por un largo rato, es muy atractiva, ¿sabes?

Hay algo que me parece extraño... dices que odias las clases de Gramática, ¿aún te dan esas clases? En mi colegio vimos lo del sujeto, el predicado y el objeto directo, etc. hace más de dos años. Qué raro. Tú me habías dicho que estás a punto de cumplir los quince años ¿verdad? Bueno, quizá a tu profesora le gusta repetir las clases antiguas.

Ya he pegado tu boca en la cartulina, cada vez siento más curiosidad por saber cómo será tu cabello, o tus ojos...

Yo nunca he tenido un novio, ni nada por el estilo. Tuve un amigo, el mejor, y llegué a pensar que tal vez me había enamorado de él, pero parece que él no sentía lo mismo por mí. Yo a veces me quedaba mirándolo por si descubría en sus ojos alguna pista, alguna señal de su amor. Pero nada. Lo único raro que descubrí en sus ojos fue una conjuntivitis contagiosa que me hizo salir corriendo.

Muchas personas piensan que soy una persona de carácter fuerte, pero en realidad soy un poco tímida y no voy a diez mil fiestas como tú. Mis papás no acostumbran dejarme salir, dicen que una semana sí y otra no. Hay gente que se imagina que estoy llena de amigos, novios y pretendientes, pero no es así, Camaleón, las personas tímidas como yo nos disfrazamos de fuertes para que no nos hagan daño.

No he tenido novio y nunca me han dado un beso. Te confieso que tengo mucha curiosidad. ¿Cómo es un beso, Camaleón? ¿Qué se siente? Tú me dijiste que puedo hacerte cualquier pregunta indiscreta...

Tienes unos labios muy bonitos, Camaleón, de verdad.

Yo también te envío un beso, (ojalá muy pronto pueda darte un beso de verdad).

Envíame tus ojos.

Chao,

Alegría».

Clara dobló el papel, lo guardó en el sobre y aburrida me preguntó:

—Y... ¿dónde está el misterio?

—¿No lo ves? ¿No te das cuenta?

—No.

—Yo no sé cómo es un beso, Clara, ¿qué le voy a decir a Alegría?

—Bueno, invéntate, dile que un beso provoca una sensación muy agradable en el aparato respiratorio. Dile que cuando das un beso, el páncreas y el apéndice experimentan una especial sensibilidad y contraen las amígdalas.

—¿No te burles!

—No me burlo, Agustín, ingéniate la respuesta. Si ya comenzaste a mentir, no pretendas decir una verdad para quedar bien. Ya has empujado la bola de nieve... una verdad no va a detenerla.

—¿Alguna vez te han besado, Clara?

Cuando le hice esa pregunta, se puso muy nerviosa, comenzó a balbucear, tosió, miró al cielo, se restregó las manos como si estuviera transpirando y respondió:

—No, nunca.

—¿Te das cuenta, Clara? ¡Esto es el colmo! ¿Cómo se supone que un adolescente puede aprender la difícil técnica del beso sin ayuda profesional?

—Quizá haya alguna información en Internet.

Fuimos corriendo a casa de Clara, nos instalamos en el computador y comenzamos a explorar en todos los sitios que tuvieran relación con besos.

En el buscador coloqué frases como «El primer beso, paso a paso, con fotografías», «Quiero besar como un experto», «Guía detallada para el besador principiante» y «Cómo besar con éxito en la adolescencia».

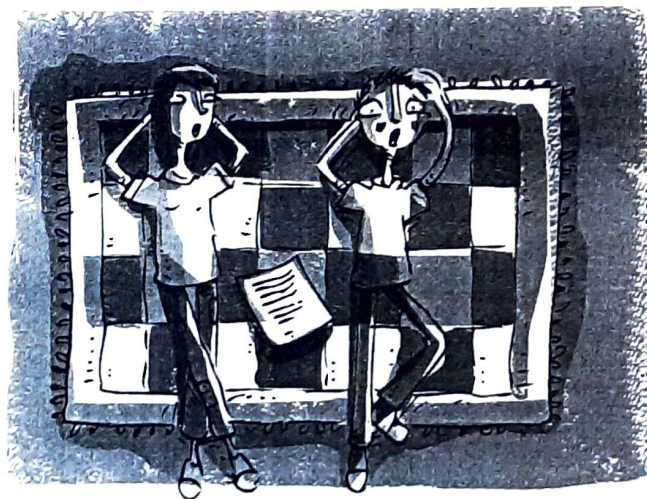
¡Es increíble! En Internet se pueden encontrar cientos de miles de estupideces como: el formulario para pertenecer a la AAC (Asociación Anti Cebolla) o el sitio oficial del Cementerio espacial, si alguien soñaba que sus cenizas fueran depositadas entre Júpiter y Saturno, ¡felicitaciones, ya puede hacerlo!

Pero si alguien quiere una guía válida para aprender a besar ¡olvídelo!, en Internet no encontrará nada que le resulte válido. ¡Los besos son importantes! Cómo es posible que no existan asociaciones internacionales para formación de besadores. Si no hubiera besos, la gente no se enamoraría, no se casaría, las personas no vivirían en pareja y, por lo tanto, no habría demasiadas posibilidades de que nacieran niños.

Se debería alertar a los gobernantes: si no se promueven adecuadas campañas para besadores... el planeta se va a quedar sin gente.

Luego de tres horas de búsqueda infructuosa, muy decepcionados nos tumbamos sobre el piso mirando al techo.

—Y ahora, ¡qué voy a hacer! —dije yo.



—No es grave, Agustín, por lo pronto tendrás que inventar una respuesta convincente para Alegría y salir del paso.

—Bueno, eso está bien, pero tarde o temprano Alegría y yo nos conoceremos y ya has visto lo que decía al final de la carta «ojalá muy pronto pueda darte un beso de verdad». Cuando eso ocurra, Alegría se dará cuenta de que soy tan buen besador como una fría estatua de cemento.

Clara se quedó en silencio y al rato dijo:

—Se me ocurre una idea...

—¿Cuál?

Ella se quedó callada por unos segundos, yo sentí curiosidad, una rara tensión invadía el ambiente.

—¿Qué idea se te ha ocurrido, Clara?

—No. Mejor no. Olvídalo.

—¡No hagas eso! Dime en qué estabas pensando.

—De acuerdo, no sé, pensando en eso del beso, se me ocurrió que quizá podríamos practicar tú y yo...

—¡Tú y yo?! —pregunté con los ojos desorbitados.

Y ambos nos contestamos al mismo tiempo:

—¡Mejor no! ¡Guácala!



Capítulo 17

117

«Hola, Alegría:

Hoy te envío un par de orejas lindas. No son mi mayor orgullo, pero cumplen con su misión y nadie, jamás, me ha llamado Dumbo. La orejona de mi familia es mi hermana mayor, yo intento consolarla y le digo que sus orejas tienen el tamaño normal, el problema es que la trompa de elefante no se le ha desarrollado adecuadamente.

Ella también me dice cosas. El fin de semana, por ejemplo, comentó que si el ser humano viene del mono... yo vengo del zancudo y para comprobarlo, basta con mirarme las piernas.

Pobre tu amigo, el de la conjuntivitis, yo tuve eso hace un año. Fue horrible, parecía como si en lugar de colirio me hubieran echado pegamento

en los ojos. Me despertaba y no los podía abrir, los tenía cubiertos de una cosa pegajosa... No, mejor cambiemos de tema, porque me late que esta conversación no es muy agradable que digamos.

Entiendo eso que me dices de la timidez. Cuando yo tenía ocho años, mis papás tuvieron que llevarme a una psicóloga porque era un niño extremadamente tímido y miedoso. Había leído tantos cuentos de ogros, duendes, magos, monstruos y fantasmas, que vivía atemorizado. ¡El problema fue que la psicóloga era horrorosa! Era el clon de la bruja de Blanca Nieves. La terapia duró dos meses y salí peor de lo que entré.

Me preguntaste sobre los besos, Alegría, y bueno, yo tengo mucha experiencia en ese tema, de hecho podría escribir un manual para besadores y participar en un concurso para expertos, pero solo te diré una cosa: cuando das un beso sientes que la sensación sensible de los sentidos se conmueve ante la sobreabundante sensación de sensibilidad. Al principio se siente así, pero luego es más sensitivo.

Un beso,

Camaleón».



119

«Hola, Camaleón:

Gracias por tus orejas. ¡Qué alivio saber que las tienes! Ayer tuve una pesadilla, soñé que me llegaba la última pieza del rompecabezas y entonces descubría que tus ojos eran enormes y ¡no tenías orejas!, ¡eras un extraterrestre! No te imaginas el susto que me llevé. Por suerte después ya no eras un extraterrestre sino mi abuelita y te invitaba a subir a mi auto, que en realidad no era un auto sino una gran empanada de queso 4 X 4. ¿Por qué será que a veces los sueños son tan raros? Yo siempre quiero soñar lo que no me ocurre en la vida real. Por ejemplo, me gustaría soñar que puedo viajar a la Luna o que puedo montar mi albergue para

perritos huérfanos. Cada noche, al acostarme, me pongo a pensar en todo eso, con la esperanza de que las ideas se transformen en sueños. Hasta ahora no me ha ocurrido, pero quizá algún día.

¿Sabes con quién me gustaría soñar ahora?

Otro día te lo cuento.

(Gracias por la explicación del beso, era justo lo que imaginaba).

Alegría».



Capítulo 18

Yo presentía que habría problemas. Cuando aquella mañana papá se despidió y salió para Cerro Verde a su reunión familiar, sentí un ligero escalofrío.

De acuerdo con lo previsto, dije que tendría que quedarme porque debía estudiar y que luego, por la tarde, iría a casa de mis abuelos.

—Pórtate bien —me dijo papá al despedirse, de la misma manera que lo hacía cuando yo tenía siete años— ¡no hagas diabluras! Nos vemos mañana.

—Tranquilo, papá, seré como una monjita de la caridad. Ya le dije a mamá que llegaré a la hora del almuerzo.

A poco llegó Clara, escuché su silbido, salí al balcón de mi cuarto y ella gritó:

—¡Ábreme pronto! ¡A las doce llegará la nueva dueña de la cachorrita y se la llevará! ¡Tengo menos de dos horas!

Bajé las escaleras paso a paso mientras me preguntaba qué sucedería si le dijera a Clara que no, que no le prestaría «la poderosa». Presentía lo peor... quizá Clara tiraría la cámara al piso o la deslizaría en el tanque de agua de su lavandería. En ese caso cuando mi papá llegara el domingo por la noche, encontraría una carta firmada por mí, en la que se leería claramente: Lo siento, papá. No intentes buscarte... al leer estas letras ya estaré muy lejos y habré cambiado de identidad (ah, por cierto, se rompió «la poderosa»).

Un ruido agudo me volvió a la realidad:

—¡Ábreme si no quieres que te dé una patada entre el ombligo y las rodillas... en pleno centro!

—¡Ya! ¡No hagas escándalos, entra!

—¿Dónde está «la poderosa»? Tengo que llevármela ya.

—Espera un momento, Clara, he estado pensando en que...

—¿En qué?!

—Es que a veces eres un poco torpe con las manos y tengo miedo de que «la poderosa» esté corriendo algún riesgo. Si le llega a pasar algo, mi papá me matará.

—¿Qué estás insinuando? ¿Que no me prestarás la cámara? ¡Teníamos un trato, Agustín, yo lo he cumplido y ahora exijo que hagas tu parte!

Sucedía con frecuencia cuando Clara estaba molesta: no podía evitar mover sus manos y, sin darse cuenta, las iba convirtiendo en un puño amenazador. Además, comenzaba a agitar sus piernas inquietamente y a dar pataditas a las cosas que estaban cerca, una mesa, una silla, una puerta, etc. y yo no podía dejar de pensar que si la rabia alcanzaba su máximo punto, esas pataditas podrían llegarme entre el ombligo y las rodillas, en pleno centro.

—Entiéndeme, Clara, quizá es mejor que te lleves la cámara vieja, esa es muy buena, te daré rollos nuevos para que puedas hacer tu sesión.

—¡No, Agustín! Tú me ofreciste «la poderosa» y esa es la que me llevaré.

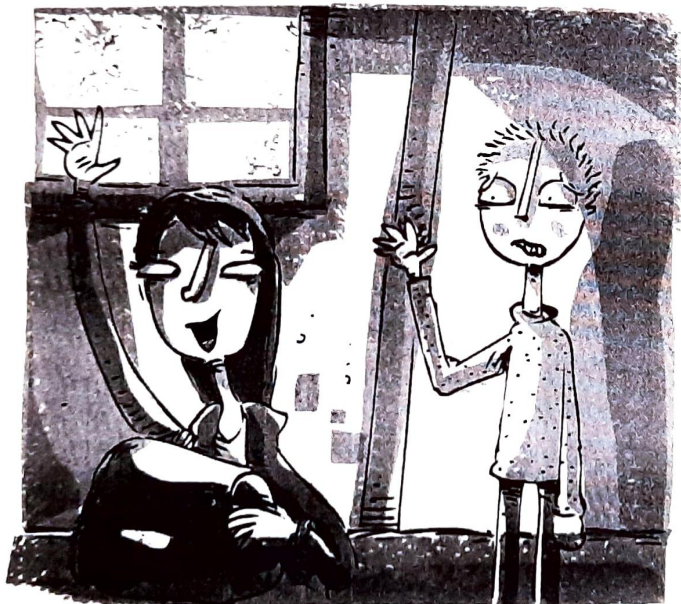
Clara caminó acelerada rumbo al Foto Estudio, abrió la puerta, se dirigió al mueble del fondo y de allí sacó la maleta de cuero negro que contenía la cámara.

Antes de darme cuenta, Clara ya había salido de casa y se llevaba «la poderosa». Lo único que pude hacer fue gritar desde la puerta:

—¡Por tu vida, Clara, cuidala!

Eran las diez de la mañana y me esperaban las dos horas más aterradoras de mi vida, no respiraría en paz hasta ver llegar de vuelta a Clara con la cámara... o con lo que quedara de ella. ¡Es que las mujeres son a veces un poco torpes con las manos!

Era un sábado que no olvidaré jamás.



Fui a la cocina e intenté hacerme unas tostadas pero, definitivamente, ese día había amanecido con el pie izquierdo, una de las rodajas de pan se atoró dentro de la tostadora y comenzó a quemarse sin que pudiera sacarla. La cocina de mi casa parecía el infierno.

Cuando lo solucioné traté de retomar la idea del desayuno pero derramé todo lo líquido y rompí todo lo sólido. Mi pijama daba asco, tenía salpicaduras de café, jugo de naranja y mermelada. Desistí.



Para que transcurriera el tiempo, pensé que sería bueno ir al peluquero; entonces al mirarme en el espejo noté que mi cabello estaba más rebelde y maltratado que nunca, tenía mechones largos y parados que no planeaban volver a su sitio. Recordé que mi hermana, Valeria, había dejado en el baño un bote con una sustancia gelatinosa que, según ella, era un tratamiento de aguacate para dar brillo

y suavidad al cabello. Tomé una cantidad razonable con mis dedos y comencé a colocarlo por toda mi cabeza. La etiqueta decía que había que esperar media hora antes de retirarlo con abundante agua caliente.

Sin pasar por la ducha ni por el cepillo de dientes, volví a meterme a la cama decidido a esperar que Clara regresara. Encendí la tele, coloqué una toalla sobre la almohada para no mancharla y me puse a mirar un partido de baloncesto de la NBA.

Sin darme cuenta me quedé dormido.

Al rato escuché el timbre de la casa. Miré el reloj y confirmé que eran ya las doce en punto. «¡Es Clara!» grité emocionado y descalzo bajé las escaleras de cinco en cinco.

Mi corazón latía a mil por hora. Cuando abrí la puerta del Foto Estudio una voz amable y no muy conocida dijo:

—Hola, muchacho, ¿está tu papá? Necesito unas fotos tamaño pasaporte, urgentes.

Yo ahí, con mi pijama salpicada de café, mermelada y jugo de naranja; con mi cabello de puercoespín y mi aliento de dragón, estaba parado frente al señor Miño y a su hija Alegría.



Capítulo 19

127

En este punto quedaría muy bien decir: «Y al despertar me di cuenta de que todo había sido una terrible pesadilla».

Pero ese no solo sería un final muy trillado sino que sería mentira.

¡Yo estaba despierto! El timbrazo, efectivamente, me había puesto en pie. No fue necesario darme un pellizcón, estaba ahí, parado, frente al bigotón y a su hermosa hija Alegría, quien no tenía la mínima idea de que ese pobre diablo con ropa sucia, mal aliento y pelo de aguacate era el «súper galán», «el rey de las fiestas», el «diez mil amigos»... Camaleón.

—No, señor, mi papá no está. Se fue a Cerro Verde y llegará mañana por la noche —respondí con voz entrecortada.

—Necesito con urgencia unas fotos para mi hija, ¿crees que puedas tomarlas tú? Recuerdo que tu padre me dijo que sueles ayudarlo en el Foto Estudio.

—Bueno —respondí nervioso— sí, eventualmente lo ayudo, pero ahora tengo un problema y es que no tengo la cámara.

—¿Se la llevó tu papá?

—No precisamente. La tiene otra persona y la traerá de vuelta como a las doce.

El bigotón miró su reloj y, entusiasmado, dijo:

—Son las doce y cinco... si no te molesta, esperaremos a que esa persona llegue con la cámara. ¿Podemos pasar?

Abrí la puerta de la sala y los dos entraron, los invité a tomar asiento y al caminar cerca del espejo de la entrada vi mi pinta penosa.

—Perdón, voy a subir un momento a apagar la tele y enseguida bajo, pónganse cómodos, por favor.

El señor Miño agradeció y Alegría ni siquiera me miró. Ella parecía demasiado ocupada con los audífonos de su iPod.

Subí a mi cuarto y no lo podía creer. La chica más linda del mundo, la que me había escrito «ojalá muy pronto pueda darte, de

verdad, un beso» estaba sentada en la sala de mi casa.

Me quité la pijama, la cambié por una camiseta y un pantalón limpios, me puse mis zapatos deportivos favoritos, luego corrí al baño, metí mi cabeza debajo del chorro de agua de la ducha y, al final, me cepillé los dientes. Cuando estaba listo para salir alcancé a ver, en una repisa del baño, una botella verdosa. Recordé que mi papá usaba a diario un fuerte enjuague bucal de menta súper-ultra-extra-mega fuerte. Me acerqué, tomé un gran sorbo e hice gárgaras por diez segundos. Sentí que la garganta me quemaba y mientras seguía haciendo «garagaragaragaragara», leí que en la botella decía: Alcohol Cura-Cura, úsese para desinfectar heridas, lesiones y magulladuras provocadas en accidentes domésticos.

Al volver abajo escuché el silbido de Clara afuera de casa. Pasé por la sala con sonrisa nerviosa y le dije al señor Miño:

—Eeeeh, parece que la cámara llegó, permiso, voy por ella.

Abrí la puerta y encontré a Clara muy contenta:

—Muy bien, incrédulo, aquí tienes a «la poderosa» sana y salva. La cachorrita quedó muy linda.

Cerré la puerta y atropelladamente intenté decirle a Clara en voz baja lo que estaba ocurriendo:

—¡Alegria, Alegria, Alegría, adentro Alegría!

—Ya sé que te da alegría verme, Agustín, no exageres, ¿pensaste que iba a romper la cámara?

—¡No! ¡Alegría está adentro! —insistí moviendo mis manos para indicar el interior de la casa.

Clara se puso verde.

—¿Y qué hace ahí?

—Vino con su papá para tomarse unas fotos, solo estábamos esperando que tú trajeras la cámara. Entra conmigo por favor, estoy muy nervioso, necesito tu apoyo moral, tú eres su amiga, le dará gusto verte.

Clara se puso a temblar, nunca la había visto así.

—No, Agustín, no puedo. No me exijas eso, te lo pido. Tú podrás hacerlo solo, confía en ti.

La agarré del brazo y a pesar de resistirse, la obligué a entrar.

Clara estaba verde, yo morado.

—Bueno —dije con sonrisa de tonto— la cámara llegó. Ella es mi amiga Clara.

Clara la miró y saludó con un simple «Hola». Alegría le respondió de igual manera. Me llamó la atención que siendo conocidas del colegio (por lo de mis cartas) se saludaran con tanta frialdad.

Pasamos al Foto Estudio, coloqué la cámara en el trípode, Clara me ayudó a encender las

luces laterales y a colocar la tela de fondo. Ella se acomodó en un pequeño y vetusto banco que yo solía usar cuando ayudaba a papá a iluminar retratos. El señor Miño estaba muy entretenido mirando las fotos que papá tenía expuestas en las paredes. Entonces le pedí a Alegría sentarse en el taburete de atrás... o eso fue lo que intenté. Quise decir: «Si eres tan amable, ¿podrías sentarte en el taburete trasero, girar levemente la cabeza y sonreír a la cámara?», pero lo que salió de mi boca fue:

—Por favor, ¿podrías sentarte en mi cabeza, sonreír un poco y girar levemente el trasero?

Clara estalló en una carcajada. Alegría me miró asombrada y preguntó:

—¿Qué dijiste?

Con la voz temblorosa respondí muy avergonzado:

—Siéntate, por favor. Ponte cómoda.

Quince minutos más tarde la misión había concluido, desde el trípode conecté el cable a la computadora y bajé las imágenes a la memoria, Alegría y una cachorrita (la que había fotografiado Clara en su casa) aparecieron de inmediato. Revelé las imágenes y concluí el trabajo.

El señor Miño quedó muy contento, me pagó y se despidió.

Cuando Alegría salió observó a Clara como si nada, a mí me lanzó una mirada algo seria y luego nos dijo «adiós».

Clara y yo entramos de nuevo al Foto Estudio, suspiramos aliviados, lo peor ya había pasado, no podíamos creer lo que nos había ocurrido.

—¡Alegría Miño estuvo aquí en mi casa!
—dije con sonrisa de bobo.

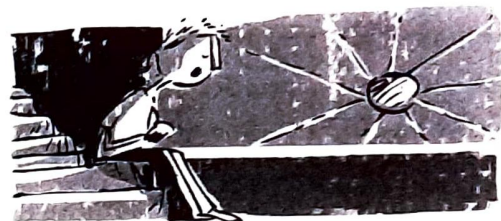
—Pero mi perrita salió más bonita que ella en la foto —comentó irónica Clara—, déjame verla en la pantalla.

El más profundo silencio reinaba en el Foto Estudio, Clara miraba sus fotos en la computadora y yo retiraba la cámara del trípode.

Desatornillé a «la poderosa» de las varillas metálicas y cuando logré sacarla con todo el cuidado del mundo, el señor Miño irrumpió sorpresiva y ruidosamente en el Foto Estudio porque había olvidado su billetera sobre el mesón. Clara y yo nos llevamos tal susto que nuestros cuerpos reaccionaron con un salto involuntario. La cámara salió veloz de mis manos. Clara intentó atraparla en el aire, casi lo consiguió; yo me tiré al piso por si se le escapaba... pero a punto de salvarla, la cámara resbaló y cayó con fuerza.

Clara y yo nos quedamos petrificados.

«La poderosa» yacía en el piso rota en tres pedazos.



Capítulo 20

133

Hay muchas cosas que se rompen en pedazos: las cámaras fotográficas, los platos de porcelana, las pantallas de los teléfonos celulares y también los matrimonios.

Aunque en el mercado venden todo tipo de pegamentos, casi siempre descubres que el que tú necesitas, ese adhesivo para pegar lo que se te ha roto, ese, precisamente, no lo tienes a mano.

Mamá estuvo rara durante unos días, como si no se atreviera a mirarme de frente. Cuando fui a casa de los abuelos la senti distante; sin embargo, en ciertos momentos me abrazaba y me caía a besos como cuando yo era un niño pequeño.

—¿Te pasa algo, mamá?

—No. ¿Acaso no puedo besar a mi hijo?

Valeria no paraba de criticar mi cabello de puercoespín:

—¿Podías haber pasado por la peluquería canina, no?

—No... preferí pasar por el zoológico para ver si te encontraba, pero me dijeron que ya habías salido de tu jaula.

Antes de la cena mamá se vistió con un traje muy bonito y se maquilló como una modelo, estaba muy linda. Ella tenía cuarenta y un años pero se veía mucho más joven. Valeria llevaba ropa nueva... y a pesar de que todo se veía sospechoso, nadie me explicaba qué rayos estaba ocurriendo.

—¿Hay invitados esta noche? —pregunté intrigado— ¿¿Vienen los abuelos de la playa?!

—Sí, pero no solo ellos —respondió mamá un poco tensa.

—¿Quién más?

—Adolfo —contestó a toda velocidad, tan rápido que yo solo escuché «Olfo», pero eso fue suficiente.

No quise ser descortés, sobre todo porque mamá ya me había reclamado mi falta de «modales» durante mi último encuentro con su novio. Pero tampoco quería cenar con él. No me caía mal, pero tampoco me sentía feliz en su compañía. Medí mis palabras al máximo para no meter la pata.

—Me duele un poco el estómago —dije mientras ponía las manos en mi ombligo— creo que algo me cayó mal en el almuerzo y, además, no tengo apetito. Si ustedes me disculpan, yo no voy a cenar pero les deseo que tengan muy buen provecho, en otra oportunidad veré a los abuelos, tengo muchas ganas de estar con ellos.

¡Qué modales! pensé yo, ¡con ese «muy buen provecho» mi mamá se sentirá que en lugar de hijo tiene un diplomático del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Pero, como es obvio, estaba equivocado.

—No digas tonterías, Agustín, ¡te sentarás a la mesa con todos y cenarás! ¡He dicho!

—¡Pero no tengo hambre!

—¡Sube y cámbiate! dejé ropa limpia sobre tu cama. No quiero más discusiones, Adolfo llegará en veinte minutos.

Ya para ese momento los modales finos no me servían para nada, entonces quise reclamar mis derechos.

—No entiendo, mamá, para qué pretendes obligarme a que cene con Adolfo, ¡yo no quiero!

Valeria me miró y sin hacer el mínimo gesto dijo:

—Adolfo y mamá se van a casar.

Volví a poner las manos en mi ombligo, pero esta vez sí había una razón real: sentí un punzante dolor de estómago que no se me quitó durante toda la noche.

¿Qué parte le dolería a Valeria? ¿Le dolería algo a papá cuando se enterara? ¿Por qué la dicha de mamá me provocaba un poquito de tristeza?

—Pero mamá, tú me prometiste que...

—Sí, Agustín, pero las cosas cambiaron. Yo estoy feliz y quiero que tú también lo estés.

Me sentí injusto y en ese instante me percaté de que en alguna parte de mi cabeza y de mi corazón yo había estado anhelando, durante mucho tiempo, que existiera un pegamento lo suficientemente fuerte como para pegar el matrimonio roto de mis padres.

Pero no.

Hay veces en que ni el pegamento más poderoso sirve para eso.



Capítulo 21

137

El domingo volví a casa cerca del mediodía. Los tres pedazos en que se había partido «la poderosa» yacían sobre el mesón del Foto Estudio. Ni Clara ni yo habíamos sido capaces de tocarlos.

—¡No quiero dejar mis huellas dactilares! —había dicho ella—. Cuando llegue tu papá y se dé cuenta de esta desgracia, de seguro llamará al Grupo de Operaciones Especiales de la Policía.

—¡Ya, Clara! En lugar de decir tonterías ayúdame a buscar una solución. Papá llegará hasta la noche.

Durante treinta minutos estuvimos, con los nervios desechos, barajando posibilidades, pero nada terminaba de convencernos:

—¿Y si huimos de Corazón y pedimos asilo en una embajada de un país amigo? —dijo Clara.

—No. Mejor podríamos decir que la cámara se autodestruyó.

—No, Agustín, las cámaras no se suicidan. Creo que mejor decimos la verdad.

—¡No! ¡Ni lo sueñes! Papá no permite que use su cámara, es lo único que me tiene totalmente prohibido, él me matará si decimos la verdad.

—Se enojará un rato pero luego pasará, no tenemos otra salida, Agustín, hay que confesarlo todo.

Yo me quedé pensando por un momento, y tomé una decisión:

—Diremos, casi toda la verdad. Casi toda.

—Eso no existe... una verdad incompleta o «suavizada» con pequeñas mentiras ¡no es una verdad!

—Sí lo es. Ya verás cómo salimos sin rasguños de esta situación.

A las nueve de la noche llegó papá, yo lo esperaba con los pedazos de la cámara sobre la mesa del comedor y con algunos pedazos de mi verdad mezclados con otros de mentira para salvarme el pellejo. Cuando él se dio

cuenta de que esos restos pertenecían a «la poderosa», cambió de color, se puso pálido, abrió sus ojos y me gritó: «¡Qué pasó!».

—Espera, papá, te lo voy a explicar, siéntate por favor, no vas a creer lo que ocurrió.

—¡Qué pasó con mi cámara, Agustín, habla ya!

Sus ojos parecían inyectados con tinta roja, su rostro era como el de un toro que acababa de salir a la plaza para su faena.

—Un hombre llegó inesperadamente al Foto Estudio e insistió en que necesitaba unas fotos para pasaporte, por supuesto me negué, pero él se puso violento y dijo que no se iría hasta tomarle esas fotos. Tuve que hacerlo. Al terminar, el hombre me arrebató la cámara. ¡Era un ladrón! Reaccioné con rapidez y al pedirle que me la devolviera, se asustó y lanzó la cámara al piso. Eso fue lo que sucedió, papá.

Él me miró ofuscado, y dejando de lado todo me abrazó y preguntó:

—¿Estás bien? ¿Te hizo daño?

—Estoy bien, papá, no te preocupes, pero siento mucho lo de «la poderosa».

Papá tomó los pedazos de la cámara, los miró con lástima y, después de revisarlos por todas partes, dijo:

—Creo que se puede arreglar. No te preocupes, lo más importante es que tú estés bien.

Tenemos que avisar a la policía mañana mismo.

—¿A la policía? ¿Es necesario?

—Sí, pero ya lo resolveremos más tarde, ahora voy a revisar si las puertas están bien cerradas.

Cuando se lo conté a Clara, al día siguiente, se puso furiosa.

—No es justo, Agustín. Mentirle a tu papá y provocarle esa preocupación me parece horrible.

—¡Pero estoy sano y salvo! Si le hubiera dicho la verdad, me habría castigado por los próximos sesenta y cuatro años. Y, además, ni siquiera teníamos razones para preocuparnos, él mismo dijo que lo de «la poderosa» tiene solución, no hay drama.

—De todas maneras no estoy de acuerdo con eso de mentir.

—Ay, Clara, por favor, ¿tú no has mentido nunca?

Clara no respondió.



Capítulo 22

141

«Hola, Alegría:

Perdóname, no he podido escribirte, he tenido algunos contratiempos. ¿Sabes? estuve pensando si había llegado el momento de enviarte mis ojos, y creo que aún no. Me parece que lo mejor es dejarlos para después, hoy te envío mi pecho... desde el cuello hasta las costillas, desde el hombro izquierdo hasta el derecho. Parecería raro que alguien decidiera enviar una foto de su pecho, salvo el caso de que ese alguien fuera Mr. Universo, yo te lo envío porque ahí dentro va mi corazón.

Ya falta solo una pieza, ¡cuando tengas mis ojos habrás completado el rompecabezas de mi rostro! No sé si eso debe alegrarme o preocuparme. ¿Qué pasaría si yo no fuera como tú esperas?



Tengo un poco de miedo ¿comprendes? Al tener mis ojos encontrarás la verdad. Los ojos siempre la dicen, ellos te delatan cuando estás feliz, si estás triste, cuando has llorado, si acabas de ver un fantasma, cuando te has sacado cero en

Matemáticas o si alguien te ha pegado un puñetazo. Lo primero que miro en una persona son sus ojos, yo he mirado los tuyos, aunque no lo creas. Los he observado y me gustan muchísimo. Tus ojos me han dicho cosas de ti y por eso quiero que seamos amigos.

He pasado unos días extraños, no puedo contarte todo lo ocurrido aunque me encantaría hacerlo. Problemas en mi casa ¿Sabes?... mis papás a veces son un poco complicados. Algún día te hablaré de ellos.

Oye, tengo una pregunta que hacerte: si yo no fuera exactamente como te he dicho que soy, ¿me odiarías por eso?

Camaleón».

«Hola, Camaleón:

Siento mucho que haya problemas en tu casa, en la mía también los hay en ocasiones. Creo que eso es normal ¿no? Bueno, en cuestión de padres

yo no tengo muy claro qué es normal. ¡De verdad! ¡No sé si los papás normales son los que pelean o los que nunca se dicen nada! Mis papás con frecuencia hablan, hablan, hablan, pelean y discuten durante días sin parar. Pero, en cambio, a veces pasan callados sin siquiera mirarse, sin saludarse durante meses, y eso tampoco lo comprendo.

¿Sabes qué pienso? En el futuro no quiero ser una persona complicada, no quiero pelear, no quiero estar en silencio. Quiero vivir feliz y quiero que no se me gaste la sonrisa. ¿Crees que la sonrisa alcanza para toda la vida? ¿Piensas que a la sonrisa le salen canas o arrugas?

Ya pegué tu pecho en la cartulina, me gusta cómo se va completando el rompecabezas. ¡Ahora deseo tus ojos!

Tienes razón con eso de que los ojos dicen muchas cosas, pero yo no soy muy buena descifrando mensajes, me late que, dependiendo de la situación, los ojos podrían engañar.

Me preguntas qué pasaría si tú no fueras exactamente como yo te he imaginado. Lo único que puedo responderte es que creo conocerte por tus palabras y esa es una buena manera de apreciar a la gente.

Yo también he pensado que quizá te has hecho una idea imprecisa de mí. Ya sé que físicamente me identificas, pero no sabes qué tipo de persona soy. Si llegas a conocerme y soy diferente a lo que tú esperas, ¿me odiarás?

Espero que no.

Ojalá no me odies.

¿Sabes qué me gustaría que ocurriera? Aunque tengo muchas ganas de que todo esto se descubra, también me encantaría que sigieras escribiéndome eternamente. Me fascina recibir tus cartas.

Me faltan tus ojos. ¡Los estoy esperando!

Alegría».



Capítulo 23

145

Cuando papá se enteró de la boda de mamá, comentó que la noticia le importaba un rábano, que ya lo sabía todo desde hacía mucho tiempo. «No me interesa, Agustín, te juro, no me importa, tu madre puede hacer de su vida lo que se le dé la gana».

Al decir esto su voz temblaba, se restregaba las manos como si quisiera deshacerse de algún pegamento fuerte. Me di cuenta de que miraba hacia arriba, como cuando yo evito que las lágrimas se me escapen de los ojos. Él hablaba torpemente y yo sentía una gran tristeza.

—Las decisiones de tu madre me tienen sin cuidado. Yo dejé de quererla hace muchos años, de verdad, Agustín, hace mucho. Ni siquiera pienso en ella. Jamás. Ya no recuerdo su cabello castaño ni sus ojos cafés. No me acuerdo lo mucho que le gustaba el dulce de duraznos ni cómo se levantaba a medianoche a devorar lo que quedaba en la refrigeradora. Ya no recuerdo la fecha de su cumpleaños, creo que era un... un 15 de marzo, sí, 15 de marzo, Piscis, siempre festejaba con pastel de chocolate. Ya no la recuerdo con su vestido blanco de flores azules, siempre sonriente. No recuerdo que le gustaba caminar descalza ni que en su tiempo libre leía sin parar. Ya no recuerdo a tu madre, Agustín, la he olvidado y eso es bueno para todos.

Papá estaba triste pero nunca lo admitiría. Aquella noche lo escuché rompiendo papeles, podría jurar que sobre su cama estaba aquella caja metálica. Yo sabía que intentaría quitarse ese dolor, rompiendo las cartas y las fotos de mamá que él, por algún motivo, había decidido guardar durante casi veinte años. La puerta de su habitación estaba cerrada y eso sí que era raro. Me acerqué con cierta preocupación y escuché música, la radio estaba encendida y ahí se oía una canción vieja, un bolero que decía: «Te vas porque yo quiero que te vayas, a la hora que yo quiera te detengo, yo sé que mi cariño te hace falta, porque quieras o no, yo soy tu dueño...».

—¿Estás bien, papá?

—Sí. Vete a dormir.

—¿Seguro estás bien? ¿Quieres que veamos juntos la tele?

—¡Vete a dormir, Agustín!, todo está bien.

Me sentía extraño, no sabía qué hacer ni con quién hablar. Agarré el teléfono y le envié un mensaje a mi hermana Valeria:

—Papá ya saB q mamá C ksará. Stá trisT aunq diC q no l imprta.

—Mamá sta fliz.

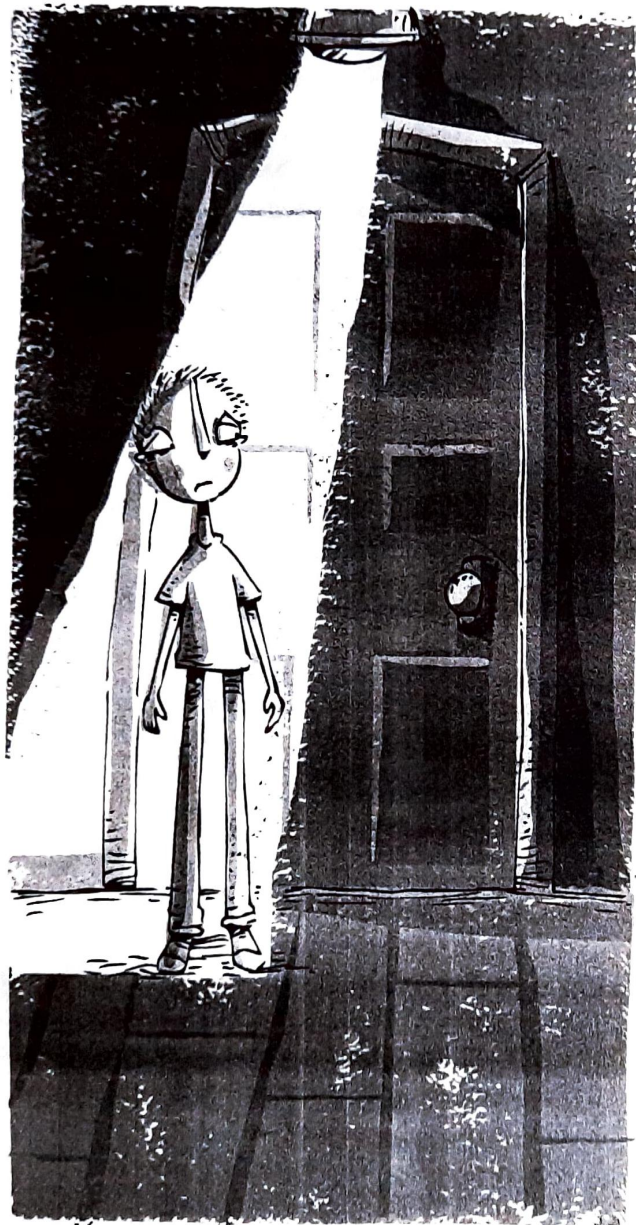
—No C q haCr! M da Pna.

—Djalo! Ya C le pasará. HaC tiempo mamá tbn C ponía trisT, lloraba, pro luego C ponía mjr.

Valeria tenía razón, aunque yo tenía ganas de entrar al cuarto de papá y contarle un chiste, o proponerle que viéramos un partido de cualquier cosa en la tele, era mejor dejarlo solo.

Tal vez necesitaba pensar, cantar su viejo bolero y terminar de romper un montón de imágenes y cartas que ya no significaban nada.

No pude evitar pensar cuál sería el destino que tendrían las cartas que yo le había escrito a Alegría. Ojalá nunca terminaran en un basurero o en una chimenea.



A la mañana siguiente, Clara apareció por casa para preguntarme en qué había terminado lo de la cámara. Quería saber si «la poderosa» ya estaba de vuelta en el Foto Estudio.

—Papá envió la cámara a un laboratorio técnico y le dijeron que en dos o tres semanas se la tendrán como nueva. Todo está resuelto, Clara, papá nunca sabrá la verdad. Tus predicciones de «verdad gana a mentira» esta vez no se cumplieron, por suerte.

—¿Y cómo van tus cosas con Alegría?

—No te hagas, Clara, yo sé que tú lees las cartas.

—Hace rato que no. No quiero meterme en lo que no me importa.

—Bueno, las cosas van muy bien, demasiado bien. ¿Sabes? Antes pensaba que Alegría era la chica más linda del mundo porque eso era lo que su foto reflejaba, pero después de leer en sus cartas, lo que piensa y siente, he descubierto que es mucho más linda de lo que imaginaba. Creo que estoy enamorado. He continuado enviándole algunas partes de mi cuerpo y también algunas partes del cuerpo de Ricky Martin. Me late que quiere que nos conozcamos... el momento se acerca.

—¿Y qué vas a hacer, Agustín?! Aunque Ricky Martin y tú son «prácticamente» gemelos

idénticos, cuando ella te conozca notará alguna «pequeñísima» diferencia. Eso podría ser terrible, se daría cuenta de que le has mentido todo este tiempo.

—¿Vas a comenzar otra vez con tu cantaleta de la verdad y la mentira? Cuando Alegría me conozca verá que, aunque no soy un súper galán de calendario, soy buena onda y eso es lo más importante.

—¡Ella se dará cuenta de que le has mentido!

—Sí, Clara, pero han sido pequeñas mentiritas blancas que he inventado para poder acercármele. ¡Todo ha sido por una buena causa, ella tendrá que entenderlo!

—¿Cómo estás tan seguro?

—Creo que le gusto... ya no lo puede disimular.

Clara me miró y comenzó a reír. Al principio fue una risita discreta, muy diplomática y femenina: Ji, ji, ji. Poco a poco comenzó a subir el volumen hasta que llegó a la más ruidosa carcajada.

Pero se calló de repente, en un silencio macabro, al yo decir:

—¡Ríete, dale! ¡Está decidido! Mañana mismo me presentaré en casa de Alegría. Ya es hora de que conozca a Camaleón.

Clara me miró con pánico y con un hilito de voz me suplicó:

—¡Por favor... no se te ocurra!



Capítulo 24

151

«Hola, Alegría:

¿Sabes qué pienso? Que tu sonrisa me alcanza para toda la vida.

Los ojos están cerca del corazón.

Paciencia.

Camaleón».

Durante una semana completa Clara estuvo persuadiéndome para que olvidara mi plan de presentarme en casa de Alegría. «No lo hagas, por favor, aún no, espera un poco, hazme caso, todavía no estás listo», «Date tiempo, por

qué no esperas a Navidad o hasta el próximo año bisiesto», «Al menos espera a que te crezca el pelo de puercoespín».

Era tan insistente que, en un momento, tuve que pedirle que respetara mi decisión. Clara estaba volviéndome loco.

—No sé qué diablos te ocurre, Clara, tú fuiste quien concibió este plan, tú misma me recomendaste que escribiera cartas hasta que **Alegría** sintiera unas ganas locas de conocerme; y ahora dices que me quede callado, que no lo haga. ¡No te entiendo!

Por primera vez Clara se quedó sin palabras, se veía enfadada pero no podía darme una sola razón válida para que yo dejara de lado mi plan con **Alegría**.

—Solo te pido, por lo que más quieras, que no lo hagas. Tú crees que estás enamorado de **Alegría**, pero te equivocas... no la conoces y ella tampoco a ti. **Alegría** piensa que tú eres otra persona, solo quiero ahorrarte un mal momento, se siente atraída por un chico distinto a ti, ¡tú no eres como en los retazos de fotos que le has enviado!

Clara tenía algo de razón, pero lo que ignoraba era que durante todo el tiempo en que **Alegría** y yo habíamos intercambiado correspondencia, noté que ella, además de linda, era una persona que me provocaba cosas extrañas en la piel. Me gustaban sus ojos, sí, pero me

agradaba mucho más su manera de ver la vida. Me gustaban sus labios, pero valoraba más sus palabras. Clara no sabía que **Alegría** significaba para mí mucho más que una foto de una quinceañera de hermosos ojos verdes que me había flechado. Ahora yo comprendía que **Alegría** era, además, linda por dentro. Ella no podría odiarme, entendería que lo que hice fue por timidez, por inseguridad y, sobre todo, porque no quería dejar escapar la oportunidad de acercarme a ella y ser su amigo.

Clara me miró iracunda, si mi papá no hubiera llegado ese preciso momento, me habría dado un golpe en la nariz.

Se dio media vuelta y desapareció.

Al día siguiente, a la una y media de la tarde salí del colegio, crucé el Barrio Nublado, el parque de la Libertad y llegué a la Avenida del Volcán. Allí me detuve con el corazón dando botes.

Me senté en la acera y esperé.

A las dos en punto el portero del colegio Virgen del Agua Clara abrió el portón de madera, sonó la campana y decenas de niñas y jóvenes comenzaron a salir.

Enseguida vi a **Alegría** con la mochila cargada de un solo brazo. Estaba rodeada de dos amigas. Todas reían como si hubieran tenido un gran día. **Alegría** abrazaba un libro, pegándolo a su pecho y acomodaba su cabello que a esa hora del día se escapaba de la cinta con la

que se lo había atado.

Me acerqué a ella, la miré de frente y le dije con voz temblorosa:

—Hola, soy Camaleón.

Alegría sonrió, miró a sus amigas, arrugó sus cejas y dijo:

—Si tú eres Camarón, yo soy Cangrejo.

Las tres soltaron una carcajada violenta y yo no supe qué decir.



Capítulo 25

155

—No dije Camarón, dije CAMALEÓN. Soy el de las cartas.

Extendí mi mano derecha y puse sobre la suya un retazo de papel fotográfico.

—Estos son mis ojos, era la pieza que faltaba en tu rompecabezas.

—No sé de qué me estás hablando, renacuajo, tú eres el hijo del fotógrafo ¿no?; si me sigues molestando, llamaré al portero del colegio, llamaré a mi papá y luego llamaré al tuyo para que te mantengan muy lejos de mí. ¡Y retira de mi mano esos ojos horribles de sapo!

De inmediato lanzó la fotografía y mis ojos me miraron con lástima desde el piso.

—¡Pero soy Camaleón! —dije angustiado—
tú me dijiste que querías conocerme, por eso
estoy aquí.

Alegría me miró con sarcasmo y entonces
gritó:

—¿Yo? ¿Conocerte a ti? ¡Ni en la peor
pesadilla!

Sin entender lo que estaba pasando, agarré
de prisa mi mochila que yacía abandonada en
la acera y salí corriendo.

A unos cuantos metros Clara estaba ahí,
mirándolo todo, tenía un rostro triste, como
si hubiera querido protegerme sin lograrlo.

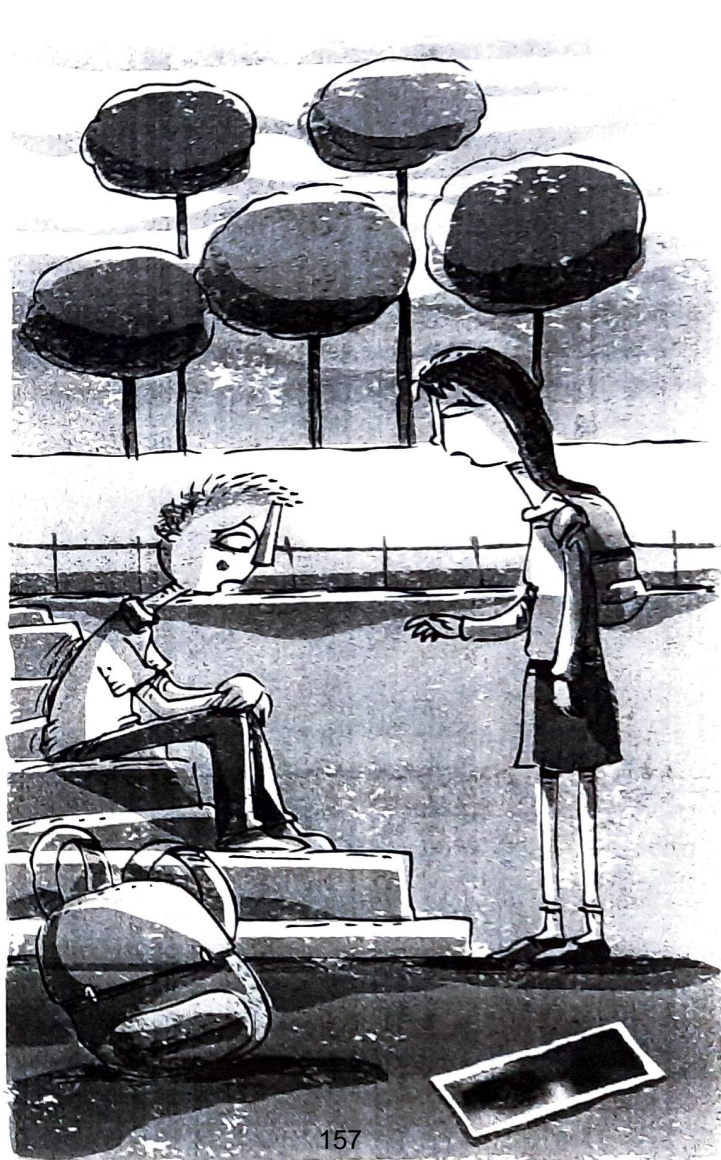
Corrí durante diez minutos sin mirar atrás,
estaba avergonzado y desconcertado. Si hu-
biera tenido suficiente energía, habría llegado
hasta Canadá.

Aunque no la veía, Clara corría detrás
de mí; después de años de amistad, ya había
aprendido a reconocer sus pasos, los pausados
y los acelerados.

Al detenerme en las escaleras de la biblio-
teca del pueblo me senté a descansar, sudaba
por el cansancio y por la vergüenza. Sudaba
porque esa era la manera en la que mi piel
lloraba.

—¡Ella hizo como si no me conociera! ¡No
entiendo por qué, Clara, por qué!

Ella me miró y no respondió nada.



—Se burló de mí, Clara. Se hizo la que no conocía el nombre Camaleón. Me dijo Camarón, me convirtió en cebiche. ¡Tiró mis ojos! No entiendo por qué se portó así conmigo. ¡Dime algo! ¡Es tu amiga!

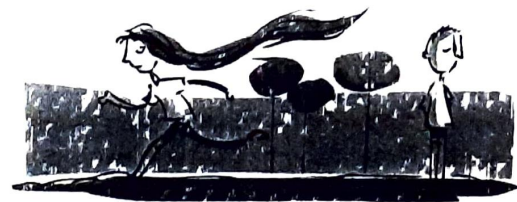
—No es mi amiga.

—Bueno, pero tú le has entregado mis cartas y...

—No, Agustín, yo nunca le entregué tus cartas.

—Pero... entonces...

—Esas cartas las escribí yo.



Capítulo 26

159

Un segundo es un pedacito de minuto. Un segundo es el tiempo que toma pestañear. Un segundo basta para descubrir que todo lo que tú pensabas que era... no es.

Clara me había mentido y, cuando un amigo te falla, sientes que el mundo ya no es igual. Tienes miedo de que todo sea mentira.

Me dolía mucho el pulmazón.

Esa es una parte del cuerpo que Clara y yo inventamos. No existe en ningún atlas del laboratorio de ciencias. El pulmazón es la parte que queda entre el corazón y los pulmones. Es un espacio pequeño, como del tamaño de

una nuez, y recoge los latidos del corazón y los suspiros de los pulmones. Cada vez que algo triste me ocurre siento que el pulmazón se contrae, se arruga y eso duele mucho.

Sentados en las escaleras de la biblioteca del pueblo, Clara y yo nos quedamos en silencio durante largos minutos.

—Yo no quise... —dijo ella en voz bajita.

—No entiendo por qué me hiciste eso, Clara, ¿te burlaste de mí!

—¡No me burlé! ¡Yo no haría eso nunca!

—¡Claro que te burlaste de mí! Me mentiste, permitiste que Alegría se riera y me mirara como si yo fuera el tipo más tonto del mundo... ¡Y yo que pensaba que tú eras mi amiga, Clara, mi mejor amiga! ¡De verdad soy un tonto! Nunca debí confiar en ti.

Clara me miró enojada, pero casi no pudo decir nada, era como si un millón de palabras se quedaran atoradas dentro de su boca.

—No sabes lo que dices, Agustín.

—Sí lo sé. Digo que eres una mentirosa y no quiero volver a saber nada de ti. Digo que si hubieras sido mi amiga de verdad, no me habrías puesto en esa situación. Alegría se rió en mi cara, a esta hora debe seguir contando la anécdota de un niño idiota que se le acercó a la salida del colegio y le dijo que se llamaba Camarón.

Vi sus ojos llenarse de lágrimas. Eran lágrimas extrañas, yo la había visto llorar en varias ocasiones: una vez que le dolió la muela, al morir su mascota, cuando clasificamos al Mundial, al agarrarse los dedos en la puerta del auto de su papá y cuando su mamá la obligó a ponerse un vestido celeste de encajes y medias de nailon color niebla, para la fiesta de su prima.

Pero estas lágrimas eran distintas.

Clara se levantó, se secó el rostro con la manga de su blusa y dijo:

—Yo no quise hacerte daño, pero ya sé que no me crees. Lo siento, Agustín. Ya te pedí perdón. Pero tú también mentiste, no fui la única.

—Pero yo tenía una buena razón, ¿y tú? Al menos dime por qué me engañaste.

—¿Quieres saber la verdad? ¿Estás listo para escucharla?

—Yo ya no sé si tú eres capaz de decir la verdad. Pero sí, estoy dispuesto a escucharte, y es lo último que quiero saber de ti.

Sus ojos ardían de furia. Me señaló con su dedo índice y con voz entrecortada añadió:

—De acuerdo, Agustín. Te lo contaré todo y luego no volverás a verme ni a escucharme más.

Confieso que su fuerza me asustó, me senté nuevamente en las escaleras y escuché su confesión:

—Al principio creí que el plan era bueno, Agustín, te veía tan ilusionado con esa tonta con ojos de sapo que, de verdad, quise ayudarte. Cuando escribiste la primera carta yo me acerqué a Alegría en el recreo para entregársela, pero ella no mostró ningún interés. Le dije que era de un admirador secreto, de una persona especial, sin embargo se hizo la sorda. Me puse furiosa y le dije que al menos leyera unas cuantas líneas, pero me dio las espaldas y se negó a hacerlo con aires de diva. Te juro que estuve a punto de darle un golpe en la nariz... ¡debí haberlo hecho! Esa tarde llegué a casa y creí que si te decía la verdad te habrías sentido decepcionado y triste. Estabas tan embobado con Alegría, por culpa de esa foto cursi que robaste del álbum, que no quería provocarte un mal rato. Entonces pensé que si yo respondía la carta, como si fuera Alegría, tú te pondrías feliz, ¡y eso fue lo que ocurrió! En realidad no era mi intención llevar las cosas tan lejos, pensé que ya encontraría la manera para que tu historia con ella fuera enfriándose. Creí que si en esas cartas te mostraba una Alegría que no se pareciera a la persona que tú soñabas, terminarías aburriéndote de ella ¡y asunto terminado! El problema fue que... que... cada vez que leía tus cartas me emocionaba mucho. Sin darme cuenta llegué a pensar que podían haber sido escritas para mí. Hasta entonces, yo te había conocido en otro plano, en el de

amigotes, compinches, panas... pero en esas cartas creo que conocí algo de ti que no sabía que existía. Y ya no pude detenerme. Me gustaba recibir tus cartas y responderlas. Me agradaba contarte cosas que tú no sabías de mí, pero sobre todo me encantaba sentir cosas en el pulmazón. Yo no quise hacerte daño, Agustín, y tampoco quise hacérmelo a mí. Te mentí y eso no estuvo bien. ¿Lo ves? Siempre te dije que la verdad gana por goleada a la mentira y esta vez perdimos los dos. Eso es todo, Agustín, ahora ya lo sabes. Tú te enamoraste de la foto de una quinceañera idiota que se cree la Barbie de Corazón. Y yo fui una idiota que se enamoró de un tonto que se enamora de las fotos.

Clara agarró su mochila y echó a correr como si la persiguiera el mismo demonio.



Capítulo 27

165

Durante dos semanas no la vi. Dejó de pasar por casa y yo tampoco quise buscarla. A mi papá le extrañó esta ausencia y comenzó a preguntarme si Clara estaba enferma, si le había ocurrido algo.

—Todo está bien, papá, Clara no ha venido porque está muy complicada con las pruebas de fin de año.

—Ah —dijo él, y continuó como si nada.

Pero entonces me di cuenta de que acababa de decirle una mentira. Era una mentira tonta, sí,... ¡pero había mentido! Yo no quería contarle a mi papá todo lo que había sucedido

entre ella y yo, hay cosas que uno prefiera guardárselas y no revolverlas más, pero en esa ocasión pensé que quizá todo habría sido distinto si Clara y yo hubiéramos dicho siempre la verdad. ¡Cuántos problemas nos habríamos ahorrado!

—Clara no ha venido porque discutimos. Hace unos días peleamos y ahora ya no somos amigos —rectifiqué.

—¿Qué pasó? —preguntó papá con curiosidad—. Si han decidido terminar con la amistad, debe ser algo grave ¿no?

—Sí, muy grave. Muy, muy grave papá. Pero no me preguntes qué, porque no quiero hablar de eso.

Papá me miró muy extrañado y dijo:

—Está bien, si no me quieres contar no te puedo obligar, pero te voy a decir algo, a veces eso que nos parece tan, tan, tan grave, en realidad no lo es. Pon las cosas en la balanza, Agustín, y no te equivoques porque podrías perder a alguien valioso.

Papá se quedó pensativo por un rato, como mirando a algún rincón de su memoria, y luego repitió:

—... podrías perder a alguien valioso.

Subí a mi cuarto, abrí la mochila para sacar un cuaderno y de ahí resbaló la foto de Alegría con la que había comenzado todo este problema. Me quedé mirándola y por primera

vez sentí rabia contra ella. De pronto, me pareció que tenía los ojos saltones y la nariz torcida. La vi cachetona. Además los dientes delanteros eran un poco grandes, «¡dientes de conejo!» dije en voz alta como si pudiera escucharme.

Viéndolo bien Alegría no era nada del otro mundo, pero lo peor era su sonrisa. ¿Por qué una sonrisa que yo había considerado linda, única y angelical ahora me parecía la mueca más horrible? Con esa sonrisa Alegría se había burlado de mí, había querido ridiculizarme... ¡me había dicho renacuajo! La risa que sirve para burlarse de otro debería provocar calambrones en el que lo intenta.

La venganza no es buena, eso ya lo sé. Pero creo que en su dosis justa tampoco es muy mala. Agarré la foto de Alegría, la guardé entre las páginas del cuaderno, corrí al Foto Estudio y la escaneé. Cuando tuve la imagen en la pantalla hice uso de toda mi experiencia como cirujano-fotógrafo. Yo podía ser muy malo para las Matemáticas... pero en retoque fotográfico no me ganaba nadie.

Primero, le coloqué un abundante bigote, parecía la hija quinceañera de un mariachi. Luego, agrandé sus cachetes hasta la medida exacta de los de una morsa. Sus dientes también merecían un tratamiento intensivo y para eso les coloqué un significativo porcentaje de

color amarillo. Después, decidí agrandarle un colmillo. Lo mejor fue cuando dupliqué el tamaño de sus fosas nasales, los dos agujeritos se convirtieron en dos inmensos pozos en medio de su rostro. Con ese aspecto Alegría se asemejaba mucho más a su alma. A los ojos verdes celestiales no los toqué... pero ya no le servían de nada.

La venganza completa habría consistido en reproducir la foto en miles de ejemplares para luego pegarlas en todas las paredes del pueblo, pero no, ya dije que hay que encontrar la dosis «light», justa e inofensiva de la venganza.

Tomé esa imagen, me reí de ella durante quince minutos exactos, la imprimí y la coloqué en mi carpeta de «clientes con cambio extremo».

En ese instante pensé que a Clara le habría encantado ver esa transformación. Ella y yo solíamos sentarnos frente al computador cuando yo estaba haciendo algún retoque en las fotos de los clientes de papá. Clara reía mucho al ver retocar las fotos de los políticos, los volvía bizcos o les colocaba unos enormes granos en la nariz. Clara se reía de mis bromas.

Clara, Clara...

Aún me dolía su mentira.

En realidad creo que me dolían todas las mentiras, las de ella, las de mi papá, las de mi mamá y también las mías. Yo no me salvaba de esa lista. Le había mentido a Clara años atrás

cuando creyó que la salvé de ser picada por la venenosa tarántula que llevé al curso de la Cruz Roja, y nunca me atreví a confesarle la verdad.

Todos mentimos, quizá todos tenemos una vida de verdad y otra que es como una foto retocada... intentamos que luzca más bonita, sin lunares, sin orejotas y sin arrugas, pero al final la verdad es más fuerte y más notoria.

Cuando Clara, hace tiempo, dijo que era un tonto por haberme enamorado de un pedazo de cartulina, yo me enojé, pensé que, como siempre, ella exageraba, pero tal vez tenía razón. Alegría era un lindo pedazo de cartulina y nada más. Lindos ojos verdes y nada más.

Lo mejor de Alegría eran... sus cartas de amor.

Corrección: Lo mejor de Alegría eran las cartas de amor que Clara me escribía.



Capítulo 28

171

—¿Estás bien? —me preguntó papá durante el desayuno.

—Sí.

—Te veo triste.

—Bueno, sí, un poco.

—¿Es por Clara?

Moví mi cabeza para responder que sí.

—¿Por qué no vas a buscarla?

—Porque me mintió, papá, y los amigos no hacen eso.

Papá me miró, sonrió y dijo:

—Hay algo que tengo que enseñarte.

Se dirigió al Foto Estudio y de ahí trajo el estuche de cuero negro que contenía a «la poderosa».

—¿Está arreglada?! —pregunté emocionado—.
¿Cuándo te la entregaron?

—Sí, ya está lista. El técnico dijo que todo fue cuestión de volver a pegar las piezas que se habían desprendido. Quedaron algunas marcas, ya no se ve impecable como antes, pero funciona y ¡muy bien!

En ese momento recordé el desastre cuando la cámara resbaló de mis manos y pasé toda la tarde inventando la mentira que le contaría a papá. Cuando inventé lo del ladrón papá se preocupó mucho, pero se creyó el cuento y eso me evitó un castigo de por vida.

—Papá... hay algo que tengo que decirte.

—Habla.

—Es sobre «la poderosa».

Papá me miró, sonrió y antes de que yo continuara dijo:

—¿Qué es lo que quieres decirme? ¿Que mentiste? ¿Que usaste la cámara aunque yo te lo había prohibido? ¿Que se te cayó de las manos y la rompiste? ¿Es eso?

Al escucharlo no supe qué decir. Me puse rojo de la vergüenza y no pude pronunciar ni una palabra.

—Ya lo sabía, Agustín, días después del incidente recibí la visita del señor Miño, que se había quedado muy preocupado por lo ocurrido con la cámara y contigo. Vino a defenderte.

—Pero no me dijiste nada, papá. Yo te mentí, perdóname.

—Tú me mentiste... Clara te mintió.

Papá sacó a «la poderosa» del estuche, la puso en mis manos, recorrió con sus dedos las rajaduras que habían quedado como producto del accidente y me dijo:

—¿Lo notas? Después de una mentira hay algo que se rompe y las marcas quedan visibles para siempre. Eso es inevitable. Pero a veces es posible recoger las piezas rotas y volverlas a pegar.

—¿Por qué tú no pudiste hacer eso con mamá?

—Quizá porque eran demasiadas piezas des-
parramadas por el piso y ya no sabíamos cómo ni en dónde colocarlas. Yo hubiera querido... pero no supe hacerlo.

Me levanté, abracé a papá con todas mis fuerzas y salí a caminar por el pueblo.

Mi amistad con Clara se había roto pero yo sentía algo especial por ella. La extrañaba. La quería. Echaba de menos su fuerza, su sentido del humor, su manera de silbar con un dedo dentro de la boca (ella silbaba como macho y yo aún no había aprendido a hacerlo ni siquiera como Piolín). Clara era divertida, diferente y odiaba, como yo, a las quinceañeras de vestidos rosados con tules y encajes.

Luego de dar vueltas y vueltas por todo Corazón, sin saber a dónde ir, tomé la decisión. Me dirigí a casa de Clara y toqué el timbre; aunque no sabía bien qué iba a decirle, sí sabía que no permitiría que las piezas de nuestra amistad quedaran desintegradas.

Ella abrió la puerta y me miró con unos ojos que no tardaron en llenarse de agua.

—Hola —dije yo, y sentí que mi voz comenzaba a temblar— soy Camaleón, voy a cumplir trece años, tengo los ojos saltones, miedo a la sangre, peinado aburrido, padres divorciados, no sé bailar, no sé besar, solo he ido a dos fiestas en mi vida y cuando crezca me gustaría ser cirujano-fotógrafo. No es el currículum de una estrella de Hollywood, lo sé, pero todo lo que he dicho es verdad y he venido a preguntarte si con todo esto que soy, y con todo lo que no soy... ¿te gustaría ser mi amiga?

Extendí mi mano y puse sobre la suya una fotografía de mis ojos, era la pieza del rompecabezas que faltaba para que ella terminara de armar ese Frankenstein llamado Camaleón.

Clara me miró, ladeó su cabeza, me tomó de las mejillas y, sorpresivamente, me dio un beso.

Sentí una cosquilla que se extendió desde el estómago hasta los pies y después ascendió hasta el pulmazón.

Como ya lo había sospechado alguna vez, cuando besas a una persona que te gusta sientes que la sensación sensible de los sentidos se conmociona ante la sobrecogedora sensación de sensibilidad. Al principio se siente así, pero luego es más sensitivo.

El beso de Clara fue la mejor respuesta.

Era un beso de verdad.

